

TESOROS

REVISTA

CRISTIANOS

Recursos para la edificación del Cuerpo de Cristo

TEMA DE PORTADA:

LA GRACIA

COMPLEMENTOS:

MARIDOS, AMAD A VUESTRAS MUJERES

Masculinidad

DESCRIPCIÓN DE LA MUJER VIRTUOSA

Feminidad

LA DEPRESIÓN Y EL CREYENTE

Actualidad

JOHN BUNYAN

Biografía

RELACIONES SEXUALES PREMATRIMONIALES

Jóvenes

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.



© **EDICIONES TESOROS CRISTIANOS**

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia



Título: La Gracia

Año 2 - Revista 5°

Septiembre – Noviembre del 2020

1ª. Edición

Todos los versículos usados son de la versión Reina Valera 1960 a menos que se indique lo contrario.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio sin la previa autorización del ministerio de Tesoros Cristianos.

PRESENTACIÓN

Habiendo completado ya un año de nuestra revista, por las misericordias de Dios, y viendo la mano gloriosa del Señor llevando nuestro trabajo mucho más allá de nuestras expectativas, nos alegramos y gozamos en poder avanzar en la siguiente edición, con el deseo de seguir profundizando y tratando aquellos temas que la Iglesia tanto necesita en estos tiempos.

En nuestras anteriores ediciones hemos tratado temas relacionados con varios aspectos del Evangelio. Ahora, con el ánimo de profundizar en la fe que una vez ha sido dada a los santos, nos sumergimos en la Palabra del Señor para tratar el tema de “La Gracia”.

La Gracia, don de Dios, es una de las verdades básicas de nuestra fe. Pero, lamentablemente, muchos son los que tienen poca claridad sobre ella, y algunos hasta tienen posiciones desequilibradas e incluso peligrosas. Hay quienes la usan como excusa para pecar; otros se apoyan en ella para llevar una vida disoluta; y otros la ignoran pensando que, debido a sus “buenas” obras, pueden llegar a ser recibidos por Dios. Estos ataques, fruto de la ignorancia bíblica prevaleciente en nues-

tros días, hacen indispensable una edición como la presente para aclarar tan importante tema.

La Gracia no es otra cosa que esperanza para el cristiano: una Gracia que salva, capacita y suple todas las necesidades pasadas, presentes y futuras del creyente. Dios, por Su inconmensurable bondad, extiende su mano a un mundo caído que, de no ser por su favor inmerecido, seguiría su rumbo sin retorno a una total destrucción.

Es nuestro deseo que, por la bondad de Dios, la actual edición sea para el lector un refrescante renovar en el entendimiento de tan precioso asunto, y una advertencia para aquellos que osan desacreditarla y tergiversarla.

¡Dios nos conceda volver a mirar esta verdad con mucha fe y sabiduría!

Alberto Rabinovici

ÍNDICE

TEMAS DE PORTADA

La Gracia de Dios en el Nuevo Pacto.....	5
Salvos sólo por Gracia.....	17
Creciendo en la Gracia.....	27
La Gracia aumenta nuestra responsabilidad	39
La perversión de la Gracia.....	51

COMPLEMENTOS

John Bunyan	61
Relaciones sexuales prematrimoniales	73
Maridos, amad a vuestras mujeres	87
Descripción de la mujer virtuosa.....	99
La depresión y el creyente.....	109

LA GRACIA DE DIOS EN EL NUEVO PACTO

“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.” (Jn. 1:17)

En nuestra última edición observamos varias cosas sobre los pactos descritos en las Escrituras. Vimos su significado, y la manera cómo Dios trata con nosotros hoy. Ahora, avanzando un poco más, vamos a hablar de la gracia de Dios en el Nuevo Pacto.

El contexto del versículo anterior nos muestra la preexistencia del Hijo de Dios, Su igualdad con el Padre. Él es revelado como siendo el agente de la creación, Aquél por el cual todas las cosas fueron hechas. En este contexto, vemos a Jesucristo siendo la misma vida, siendo la Luz que alumbra a todo hombre. Cuando llegamos a los versos 16 y 17, Él se nos presenta como el agente por el cual la gracia de Dios fue concedida, hasta podríamos decir, conforme al verso 17, que Él es la misma encarnación de la gracia Divina.

En toda la historia humana la gracia de Dios ha sido manifestada. Ella está presente suministrando las necesidades más básicas del hombre desde que fue creado. Pero sabemos que son solamente pequeñas figuras de esta gracia, pequeñas porciones, un derramar en dosis homeopáticas. Con eso no queremos decir que fue ineficaz; al contrario, la gracia actuó

como salvadora a lo largo de toda la historia, pero llegaría el tiempo de su plena manifestación.

Dentro de la historia tenemos a Moisés, el gran siervo de Dios, que fue el mediador de una alianza; alianza que, aunque demostrara el carácter de Dios, no era capaz de capacitar al hombre para obedecerlo. Dicha alianza tenía como propósito revelar el pecado del hombre, llevándolo a percibir la necesidad que tenía de ser salvo por Dios. Ya en la manifestación de Cristo hay plenitud de vida para todos. En Él se cumple todo propósito de Dios.

El Verbo Eterno un día se hizo hombre, se encarnó, tomó sobre sí naturaleza humana y llegó hasta nosotros. Siendo el Creador, se aproximó a nosotros. En la plenitud del tiempo Él se hizo hombre. En ese momento hubo una manifestación plena de la Gracia de Dios. Fue un gran océano de gracia, ahora derramado sobre toda humanidad; fue gracia sobre gracia, una inundación de la Gracia Divina.

Concedida antes de los tiempos eternos

“...quien nos salvó y llamó con llamamiento santo... según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...” (2 Ti. 1:9).

En su segunda epístola a Timoteo - carta que fue escrita para alentar a un joven obrero - Pablo dice que el Evangelio es algo de lo que Timoteo no debía avergonzarse, sino que él debía ser participante, debía avivar el don que había en él y cumplir su trabajo en el Señor. En este texto está escrito

que Dios nos salvó y nos llamó con un llamamiento santo, y eso nada tenía que ver con nuestras obras, sino que fue por pura determinación y gracia suya. Él dice que esta gracia nos fue dada en Cristo Jesús “antes de los tiempos de los siglos”, y manifestada ahora por la encarnación de nuestro Salvador Cristo Jesús. Nos fue dada antes de los tiempos de los siglos en Cristo.

Esto significa que, en el principio, cuando solamente existía Dios, ahí estaba la gracia, ésta hace parte del Ser de Dios, Él es lleno de gracia, Él es la fuente de esta gloriosa bendición. ¿Y qué? Si Él estableció que así fuera, así será, nada puede cambiar Su santa determinación. Él nos ha concedido esta gracia desde la eternidad, todo estaba en la mente de Dios antes que existiera el mundo. Somos amados antes de la fundación del mundo. Somos elegidos en Cristo antes de todo. En Él nos fue dada gracia en la eternidad pasada, antes que hubiera mundo. Esto llena nuestros ojos de lágrimas y nuestro corazón de alegría en la presencia de Dios.

Predestinada en Cristo y profetizada por los profetas

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación...”
(1 P. 1:10).

Es interesante también notar cómo Dios tiene el control de todo. Él gobierna sobre todo, todo está en Sus manos. Así es con nuestra salvación. Podemos notar que todos los profetas hablaron de esta gracia que vendría en Cristo Jesús. Al leer las Escrituras del Antiguo Testamento nos vamos a

encontrar con la promesa de esta gracia que nos alcanzó en Cristo. Dios ha conducido toda la historia con el fin de alcanzar en Cristo a la humanidad que se había extraviado.

La manifestación de la Gracia de Dios en Cristo Jesús

“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.” (Jn. 1:16-17).

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo...” (Tito 2:11-13).

Como ya lo dijimos, siempre hubo la gracia de Dios en el mundo. Ella siempre ha existido, siempre ha estado ahí; pero ahora, en Cristo, la plenitud de la gracia tuvo su manifestación, ella vino a alcanzar su nivel más alto, es un océano de gracia. ¡Es gracia sobre gracia!

Es fácil notar en las Escrituras la aparición de la expresión “*en Cristo*”. A menudo nos encontramos con ésta en todas las páginas del Nuevo Testamento. ¿Por qué ocurre esto? Porque todo lo que Dios nos da es en Cristo Jesús, y nada separado de Él. Así también es con la gracia, ésta nos es concedida en Cristo, ha venido hasta nosotros a través de Cristo, en Él están todos los tesoros de Dios. Note que en el texto dice que la ley fue “*dada*”, pero la gracia “*vino*” por medio de Jesucristo.

Querido lector, el mundo a tu alrededor está lleno de un falso evangelio que promete recompensas si decides servir a Dios. No caigas en este engaño; Dios no nos da cosas, todo lo que Él nos da está en la Persona bendita del Hijo de Dios. Siendo así, no podría ser diferente con la gracia. En Cristo, la gracia se convirtió en un torrente de aguas que brotan inagotablemente de Él.

El Reino de la Gracia

“...para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.” (Ro. 5:21).

Cuando entramos por las puertas de la salvación somos introducidos en este Reino de Gracia. El Reino de la Gracia no es otro, sino el Reino de Cristo. Es el Reino del Hijo de Su amor (Col. 1:13). Cuando le confesamos a Él como Señor estamos diciendo que ahora tenemos un Soberano sobre nosotros, que Él nos gobierna y que estamos bajo Su dominio.

Este texto de la carta a los Romanos, desde el verso 12 hace un paralelo entre Adán y Cristo, ambos como cabezas confederadas, cada uno de un grupo. Adán es la cabeza de una humanidad caída en pecado; Cristo es la cabeza de una nueva raza. En Adán hay pecado, juicio, muerte; en Cristo hay vida, dádiva y gracia abundante. Uno está en oposición al otro.

Siendo así, existen aquellos que están en Adán, muertos en delitos y pecados, bajo el imperio de las tinieblas; y existen los que están en Cristo, liberados y redimidos bajo el

Reino de la Gracia; éstos son salvos por la gracia, suplidos por la gracia, movidos por la gracia, son los que viven por la gracia de Dios y reciben diariamente gracia sobre gracia. En este Reino, Cristo es todo en todos, todo es por Él, por medio de Él y para Él. Ahora, después de ser salvos, nos encontramos en Cristo.

La abundancia y las riquezas de la Gracia en Cristo

“Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo.” (Ro. 5:15).

“...para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia...” (Ef. 1:6-7).

El verso 15 de Romanos 5 nos habla de la abundancia de la gracia en Cristo. A propósito, la expresión “*mucho más*” aparece muchas veces en ese contexto. Pablo pretende mostrar la superioridad de la gracia de Dios en Cristo, usando el contraste con la realidad del pecado y de la muerte en Adán.

Lector, la gracia es una fuente infinita; es inagotable. Por eso es que tanto en Romanos 5, como en Efesios 1, encontramos tantos superlativos. No es solamente gracia ¡Es abundancia de gracia! No es solamente algunas porciones ¡Son riquezas inagotables! ¡Es tesoro en mayor medida!

La importancia de la Gracia en la vida cristiana

Frente a todo esto, vemos la importancia y relevancia de la gracia divina en la vida cristiana. Por tanto, si debemos ser suplidos de la gracia de Dios en Cristo Jesús para crecer rumbo a la madurez, entonces busquemos conocerla, estudiar sobre ella, avanzar en esta realidad espiritual, percibir su necesidad, tanto en nuestra vida cristiana individual, como en la vida de la Iglesia. No hay necesidad más suprema que la gracia. En vez de ser arrastrados junto con aquellos que se burlan de Dios y de Su Venida; en vez de ser influenciados por aquellos que, abandonando al Señor, se entregaron a los placeres del mundo, debemos crecer en la gracia, en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 P. 3:17-18). Que por medio de Jesús podamos estar siempre junto al Trono de la Gracia para buscar la provisión de vida para nuestra vida cristiana individual, y también para la vida de la Iglesia (He. 4:16). Que la gracia de Dios abunde en nosotros, que seamos buenos administradores de la multiforme gracia de Dios en la vida de nuestros hermanos en Cristo (1 P. 4:10). Sea en la devoción personal, sea en la vida familiar, sea en el trabajo, en las relaciones comunes de la vida, sea en la vida de la Iglesia o en el ministerio, para todo esto necesitamos que la gracia fluya para nosotros, en nosotros y a través de nosotros ¡Para esto fuimos llamados!

El gozo que proviene de la Gracia

Día a día en nuestro vivir cristiano necesitamos siempre traer a la memoria el privilegio que tenemos por habernos sido concedida la Gracia Divina. ¡Somos muy bienaventurados

ya que podemos diariamente alegrarnos en Dios! Cristo ya vino, Él se encarnó; al hacer eso, Dios nos dio de Su gracia en Cristo, y como tenemos a Cristo, tenemos acceso a esta gracia en la cual estamos firmes ¡Podemos gloriarnos en esto!

Mencionamos que fuimos introducidos en el Reino de Cristo Jesús, llamado Reino de la Gracia. En este Reino hay plenitud de gozo; el gozo es la sustancia propia de este Reino. Es un Reino espiritual, y su sustancia es el propio gozo en el Espíritu Santo (Ro. 14:17). Por eso, para nosotros la alegría es un mandamiento (Fil. 4:4); el gozo de Jehová es nuestra fuerza (Neh. 8:10). “*Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros...*”, y por eso estamos alegres (Sal. 126:3). En Su Presencia siempre hay plenitud de gozo (Sal. 16:11). Los ojos del Señor están sobre nosotros, estamos seguros en Él. Ya Él nos dio todo por Su gracia, y en Él nos regocijamos y nos regocijaremos perpetuamente.

Por gracia Dios trabaja en nosotros

Dios enseña a Sus hijos. Él es el mejor de todos los maestros. Muchas veces Él nos coloca bajo muchas circunstancias difíciles para que no confiemos en nosotros mismos. Cuando somos arrogantes, Él nos resiste. Dios no permitirá que seamos orgullosos, Él nos resistirá. Él hará que nuestras habilidades y capacidades se agoten, para que podamos depender de Él y estar apoyados solamente en Él. Él sabe que, si no es así, jamás avanzaremos.

Mira el ejemplo de Pablo, piensa en la grandeza de las revelaciones que él recibió. Él vio al mismo Jesús resucitado

(Hch. 9:3-5); él fue arrebatado hasta el tercer Cielo, hasta el Paraíso, escuchó palabras inefables, las cuales no era lícito mencionar. Asimismo, Su Maestro, Su Señor le permitió un agujijón en la carne, permitió algo sobre él que le trajo flaqueza, debilidad (aparentemente física). Pero en todo eso había un propósito. Pablo dijo que era “para que él no se exaltara”. El texto de 2 Corintios 12 dice que tres veces él pidió que el Señor lo librara de aquel mal; pero el Señor le contestó: “*Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad...*” ¿Qué debilidad era esta? ¡La de Pablo! ¿Quién le permitió tal debilidad? El mismo Señor. ¿Con qué finalidad? Para que él no se exaltara, para que en esta debilidad él fuera llevado a depender totalmente de la gracia de Dios. El Señor le dijo a Pablo: “*Bástate mi gracia*”. “Ella es suficiente para ti”. (2 Co. 12:1-10).

¿Quién pensaría que el mismo Dios puede permitir algo así? Mira que es una cuestión didáctica. Hoy muchos dicen que, si tienes una enfermedad, si estás pasando una privación o algo malo está pasando contigo, es porque tú estás bajo maldición. Dicen que la bendición de Dios se alejó de ti, y por eso tú estás en angustia. Esta es una gran mentira. Los siervos de Dios sufren, se enferman, tienen muchas pérdidas, las luchas son constantes en sus vidas. Dios nos prepara a través de ellas; en ellas podemos oír la voz del Maestro decir: “*Bástate mi gracia*”; ésta es todo lo que tú necesitas. Piensa cómo eso va en la dirección contraria de lo que hoy en día oímos en el evangelio secularizado.

Confiando solamente en la Gracia de Dios

Querido hermano: El pecado nos afectó profundamente; él es un enemigo con el cual tendremos que pelear hasta la Venida de Cristo. Es realmente una batalla. Día tras día nos hallamos buscando fuerzas en nosotros mismos, en nuestros recursos. Día tras día intentamos resolver las situaciones de manera que dejamos a Dios a un lado.

Pero la enseñanza bíblica es contraria a este hecho. La Biblia nos instruye a no pensar como si las cosas partieran de nosotros. Pablo nos cuestiona en 1 Corintios 4:7, preguntándonos: “¿Qué tenemos que no hayamos recibido? Y si lo recibimos, ¿por qué nos gloriamos como si no lo hubiéramos recibido?” Infelizmente, esa es nuestra situación a causa del pecado; por eso la necesidad de apoyarnos solamente en Dios. No somos capaces por nosotros mismos, ni aun de pensar alguna cosa excelente. Todo lo bueno que está en nosotros no proviene de nosotros, nuestra suficiencia viene de Dios (2 Co. 3:5).

Por eso, me gustaría alentar a nuestros lectores a poner toda su confianza en esta fuente de bendición llamada Gracia. La Gracia es donde encontramos toda la provisión que necesitamos. Jamás debemos confiar en nosotros mismos, o presumir que podemos hacer alguna cosa por nosotros mismos, o peor aún, pensar que de nosotros mismos puede surgir alguna cosa buena. Todo viene de Dios, toda nuestra suficiencia viene de Él. Muchos buscan salvarse por las obras de la Ley, por la obediencia a las ordenanzas; ellos encuentran en esto un falso medio de salvación; convirtieron al cristianismo en una “religión de méritos” más. La obediencia no es para

salvación; la obediencia es fruto de la gracia concedida, es fruto de la salvación, y no una condición para ser salvo.

La gracia en las circunstancias, en las tribulaciones

Además, nosotros, los salvos, somos hombres y mujeres capaces de pasar por cualquier circunstancia. Si, por un lado, nada podemos hacer por nosotros mismos, por otro lado, todo lo podemos en Aquél que nos fortalece (Fil. 4:13). No hay ningún tipo de situación que no seamos capaces de enfrentar en Él. En toda la historia del mundo vemos a nuestros hermanos y hermanas siendo suplidos en medio de tribulaciones; sea frente a la muerte, sea en persecuciones, el relato siempre es el mismo: sobre ellos reposa el glorioso Espíritu de Dios (1 P. 4:14). Este es el Espíritu de la Gracia derramado como un bálsamo sobre nuestras heridas. Él es un Amigo inseparable, un Amigo listo para socorrer. ¡Es Dios en nosotros! Cristo está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. En medio de todas las adversidades, le tenemos a Él, tenemos Su bendita gracia. Ella es fuente inagotable, manantial de vida, de bendiciones celestiales, que nos permite permanecer de pie.

Permanezcamos cimentados en Cristo, sustentados por la gracia, amparados por el Espíritu, hasta el glorioso día en el que estaremos frente a frente con nuestro Maestro.

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (1 P. 5:10-11)

Marcelo Vieira

ABSOLUTA INUTILIDAD DE UNA RELIGIÓN SIN CRISTO

“Hay demasiados hombres y mujeres bautizados que prácticamente no saben absolutamente nada acerca de Cristo. Su religión consiste en unas pocas nociones vagas y expresiones vacías. “Confían en que no son peores que otros. Ofrendan a su iglesia. Tratan de cumplir con su deber. No le hacen mal a nadie. Confían en que Dios será misericordioso con ellos. Tienen la esperanza de que el Todopoderoso perdonará sus pecados y los llevará al Cielo cuando mueran”. ¡En eso consiste la totalidad de su religión!

Pero, ¿qué saben estas personas acerca de Cristo, en la práctica? Nada ¡Nada en absoluto! ¿Qué conocimiento empírico tienen de Sus oficios y Su obra, Su sangre, Su justicia, Su mediación, Su sacerdocio o Su intercesión? Ninguno ¡Ninguno en absoluto! Pregúnteles acerca de una fe salvadora, pregúnteles acerca de nacer de nuevo del Espíritu, y pregúnteles acerca de ser santificados en Cristo Jesús. ¿Qué respuesta recibirá? Para ellos, usted es una persona cruel. Les ha hecho preguntas bíblicas simples, pero ellos no saben más acerca de ellas, experimentalmente, que un budista o un mahometano. Y, sin embargo, ¡ésta es la religión de cientos y miles de personas en todo el mundo que se denominan cristianos!

Si algún lector de este trabajo cabe en esta descripción, le advierto claramente que tal “cristianismo” nunca lo llevará al Cielo. El Dios del Cielo ha señalado y nombrado a Cristo como el único Salvador y el único Camino para ir al Padre. Dios mismo estipuló que todos los que han de ser salvos, deben serlo por medio de la fe en Cristo. No hay otro mediador entre Dios y los hombres. Tome nota el lector de esta advertencia sobre su salvación: Una religión sin Cristo no salvará su alma”.

J. C. Ryle

SALVOS SÓLO POR GRACIA

“...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...”

(Ro. 3:23-24)

El Evangelio es el mensaje de salvación para todos los hombres, quienes, ajenos a su destino eterno, viven bajo la ira de Dios, en esclavitud del pecado y expuestos al castigo eterno. Sin embargo, Dios no ofrece Su salvación para que seamos justificados en base a nuestros propios méritos o al procurar guardar Sus mandamientos para justificarnos delante de Él, sino sólo por Su gracia.

La salvación por medio de la gracia de Dios es un estandarte de la fe de los cristianos. Esto nos diferencia de las religiones, las cuales predicán una falsa salvación por méritos. Sin embargo, en nuestros días, después de veintiún siglos de historia cristiana, y de cinco siglos desde la Reforma Protestante, aún son muchos los cristianos que no entienden bien esta doctrina tan fundamental de la fe, poniendo su confianza más en sus méritos - sumados a su fe - como si así, de alguna manera, pudieran pagar a Dios, en alguna medida, por salvarles. Pero, como veremos, esta forma de pensar es un engaño, ya que Dios se agradó en salvar al pecador por pura gracia.

Llamados por medio de la Gracia Divina

Dios nos ha llamado por medio de Su abundante gracia en Su Hijo Jesucristo, pero muchos en su caminar cristiano comienzan a deslizarse, a tropezar, y olvidan cómo fueron llamados por la gracia de Dios. Tal fue lo que sucedió en el caso de las iglesias en Galacia: *“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.”* (Gá. 1:6). Las iglesias en Galacia se estaban alejando del llamado de Dios por la gracia de Cristo, para seguir un falso “evangelio”, basado en el mérito propio y en el esfuerzo para hacer las obras de la Ley.

Cualquier “evangelio” - que no sea el Evangelio glorioso de Jesucristo - que nos desvía del llamamiento por la gracia de Cristo, y nos lleva a confiar en nosotros mismos, en nuestras obras, en nuestra justicia, es un falso “evangelio”. Seguir un “evangelio diferente” nos aleja de Dios y de la gracia de Su Hijo. Para muchos es algo muy sutil, volviendo a rituales judaicos, guardando algunos mandamientos, procurando ser justificados por medio de ellos, y aun volviendo a prácticas supersticiosas disfrazadas de cristianismo. Y esto acontece a muchos, ya que no se han detenido a considerar el llamamiento de Dios por medio de la gracia de Cristo.

La Gracia y la Salvación

Gracia, en su significado bíblico con respecto a la salvación, denota el favor o buena voluntad divina hacia aquellos que la reciben; es decir, Dios, por el puro afecto de Su voluntad, no por deuda o necesidad, sino libremente, decidió

salvar a los hombres, aun a pesar de que éstos no merecieran la salvación, porque habiendo hecho ellos todo lo contrario a la voluntad divina, eran dignos de la ira de Dios y de recibir el castigo eterno. Por lo cual, la gracia es un don gratuito, un regalo, como el que se le da a un hijo por amor, sólo que en este caso es Dios dándole a los pecadores el regalo de la salvación en Su Hijo amado, siendo el hombre su enemigo y digno de su castigo. Mas Dios nos llama por Su Gracia, en Su Hijo, para ser librados de la condenación. ¿Y por qué decimos que este llamado es por gracia? Porque es el favor inmerecido de Dios; lo es porque realmente el hombre no merecía que Dios le salvase, que Dios enviara a Su Hijo en carne, sufriera humillación y oprobio, muriera a favor de la humanidad caída, y se levantase de los muertos para darles vida. Realmente, el hombre no es digno del Evangelio, pero Dios, por Su gracia, llama a los hombres, por medio de las Buenas Nuevas de Jesucristo, para que éstos hallen salvación en Él.

Desechando la Gracia de Dios

Las iglesias en Galacia se estaban desviando del llamamiento de Dios por medio de la Gracia de Cristo, para seguir “otro evangelio”. Esto nos muestra que, aun siendo cristianos y habiendo creído en el Evangelio de Cristo, corremos el peligro de desechar la gracia de Dios: “*No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.*” (Gá. 2:21). Los gálatas estaban en este peligroso camino, pues habiendo entendido que Dios los había salvado, no por sus méritos, sino por Su gracia, ahora querían agradecer y acercarse a Dios por medio de volverse a la Ley, para justificarse a sí mismos. Esto es desechar, despreciar el sacrificio

del Señor, Su don gratuito, para tratar, inútilmente, de ganar lo que Dios nos ha dado por gracia en Su Hijo, y lograrlo por medio de obras muertas que no tienen poder para justificarnos o hacernos aceptos delante de Dios. Si por nuestras obras y méritos fuera la salvación, el perdón de los pecados, la justificación, entonces por demás murió el Hijo de Dios. Hubiera bastado con hablarnos desde los cielos: “Guardad todas las obras de la Ley”. O: “Sean buenas personas”. Pero no, Dios envió a Su Hijo para que por gracia nos salvase, muriendo en nuestro lugar en la cruz del Calvario.

De esto dice el autor de Hebreos: “*¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?*” (He. 10:29) ¡Qué solemne advertencia para todos aquellos que menosprecian la sangre del Señor, la cual Él derramó por nuestros pecados, para que por Su gracia pudiéramos entrar en Su Pacto! Esto no es otra cosa, como dice el autor de la carta a los Hebreos, que una afrenta, un insulto, un menosprecio al Espíritu de Gracia del Señor, quien nos llama a confiar en Él, que ya ha hecho por nosotros lo que nadie por sus propios méritos hubiera podido lograr. Y también es un pisotear el sacrificio del Señor. Claramente, el que obrare así no quedará sin castigo, ha transgredido el Pacto, ha rechazado el regalo de Dios, y resiste al Espíritu de Dios, quien lo invita a recibir este regalo gratuito de la salvación por la fe.

Emprender este camino de osar querer justificarnos delante de Dios o querer agradecerle por medio de las obras de la Ley, desechando así Su gracia, no sólo conlleva juicio y castigo más

allá de lo imaginable, sino que nos desliga del mismo Señor: *“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.”* (Gá. 5:4). No podemos pensar que afrentando Su Espíritu de Gracia y menospreciando Su Pacto, podremos continuar disfrutando de Su favor y bendición. Si queremos ganarnos por nosotros mismos la bendición de Dios, entonces realmente caeremos en desgracia y bajo maldición, pues la Ley misma dice: *“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”* (Gá. 3:10). En cambio, los que dependen de la gracia de Dios son admitidos por Él, gratuitamente, por medio de la fe que es en Cristo Jesús, el único que ha guardado toda la Ley y que tiene méritos propios por los cuales puede justificar a los que a Él acuden, limpiándolos y haciéndolos santos y sin mancha delante de Él.

Sólo por Gracia

Lo que aconteció en las iglesias de Galacia no fue algo exclusivo de ellas. En los tiempos de Lutero, la iglesia ofrecía salvación a cambio de obras, de dinero, de rezos interminables y de misas. Pero junto a él, otros hermanos - que también fueron convencidos por las Escrituras de que la salvación es un don gratuito de Dios por medio de la fe en el Evangelio de Jesucristo - proclamaron valerosamente por toda Europa que la salvación era sólo por gracia.

La Epístola a los Efesios declara acerca de esta salvación, que es sólo por gracia: *“...aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)...”*

(Ef. 2.5). Lo que el apóstol Pablo declara aquí es que antes de conocer al Señor, aun en medio de nuestros intentos vanos de alcanzar la justicia de Dios por medio de nuestras obras, estábamos muertos en nuestros pecados, pues la paga del pecado es la muerte (Ro. 6:23). Pero por medio de Su Hijo (no de nuestras obras muertas), nos dio vida juntamente con Él, y esto por gracia: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios...”* (Ef. 2:8). Por Su Gracia, Su favor inmerecido, Su benevolencia insondable y abundante misericordia es que el hombre puede ser salvo, y de ninguna otra manera podrá serlo, pues es un don, un obsequio que Dios da a los hombres, gratuitamente, en Su Hijo, por la fe y el arrepentimiento.

Por lo cual, el hombre y sus muchas obras quedan excluidas de la salvación para que nadie confíe en sí mismo: *“... no por obras, para que nadie se gloríe.”* (Ef. 2:9). Dios decidió soberanamente que fuera por Su gracia, a fin de que ninguna carne pudiera decir: *“¡Soy salvo por mi propia fuerza!”* O: *“¡Soy salvo por mi firme voluntad y por mis grandiosas obras!”* ¡No! Nadie se podrá gloriarse delante de Dios por la salvación, ya que ésta es un regalo gratuito de Dios, sólo por gracia. Como dice nuestro hermano Donald Carson: *“La Cruz es el lugar donde Dios ha destruido de forma suprema toda arrogancia y pretensión humana”*. Dios nos ha dejado sin nada de qué jactarnos delante de Él en cuanto a nuestra salvación. Esto no le gusta mucho a la carne, porque en la cruz no encuentra gloria, sino muerte. Mientras que el hombre que no confía en sí mismo, sino que confía en la obra de Dios hecha en Jesucristo, a favor de los hombres, en aquella cruz encuentra la gracia que por la fe le da vida.

Ejemplos de la Gracia de Dios

Que Dios salve sólo por gracia a los hombres, y no por sus obras, no debería sorprendernos:

Fue por gracia de Dios que Adán y Eva no perecieron al pecar contra Él, sino que, junto con el castigo, recibieron también la promesa de un Salvador (Gn. 3:15).

Fue por gracia que Noé fue escogido con su familia para preservación de la humanidad (Gn. 6:8).

Fue sólo por gracia que Abraham, quien acogió al Señor y sus ángeles, recibió la promesa de Isaac su heredero, de donde vendría, en la carne, el Salvador de la humanidad (Gn. 18:3, 10).

Y José pudo hacer todo lo que hizo, porque la gracia y misericordia del Señor estaban con él (Gn. 39:4, 21), lo cual resultó en la salvación de Israel y sus hijos de la hambruna (Gn. 50:20).

Y en el Nuevo Testamento, ¡qué ejemplo más precioso de la gracia de Dios tenemos en la vida del apóstol Pablo! Anteriormente llamado Saulo, nacido en Tarso de Cilicia, instruido en Jerusalén a los pies de Gamaliel, quien era un prominente maestro entre los fariseos (Hch. 22:3), y que, como relata a los gálatas: “... en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres.” (Gá. 1:14). Incluso declarando a los filipenses todas aquellas cosas en la carne en las cuales el apóstol aseguraba que tenía más de qué jactarse que otros en cuanto a la Ley, la carne y las tradiciones (Fil. 3:3-6). Él, más que nadie, llegó a tener razones para confiar en su propia justicia para salvación, pero de todas aquellas cosas terminó diciendo: “*Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por*

amor de Cristo.” (Fil. 3:7). Pablo llegó a decir también: “Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.” (1 Ti. 1:14). Pablo recordaba a Timoteo lo mucho que había abundando la gracia de Dios para con él, a pesar de haber sido blasfemo y perseguidor de la Iglesia (1 Ti. 1:13) ¡Qué esperanza nos dan estos pasajes para aquellos que hemos pecado contra Dios de tantas maneras! Pablo fue un ejemplo viviente de la gracia de Dios. Y continúa diciendo: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna.” (1 Ti. 1:15-16).

Con este testimonio, la Palabra de Dios nos está diciendo que, así como Pablo - un perseguidor de la Iglesia, un blasfemo, uno que consintió en la muerte de Esteban, siervo del Señor - pudo ser perdonado y admitido en Cristo Jesús el Hijo de Dios por medio de la fe en el Evangelio, sólo por la gracia de Dios, entonces, ¡todo pecador tiene esperanza! Y puede convertirse en un nuevo ejemplo de la misericordia y gracia de Dios, así como lo fue Pablo, que renunció a confiar en aquellas ventajas que tenía en su carne, y confió en Aquel que, por Su gracia, lo limpió de sus pecados. Asimismo, será admitido todo pecador, con tal de que se arrepienta de sus pecados y ponga su confianza en la obra de Cristo hecha por gracia a favor de los pecadores.

Recibamos el Don de Dios

La gracia de Dios es Su favor inmerecido para la humanidad caída, por la cual ha proveído a Su Hijo como sacrificio

perfecto, único, suficiente, para salvar a los hombres, aun a los que hayan cometido los pecados más escandalosos y vergonzosos. “...Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.” “...siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...” (Ro. 3:28, 24).

Así como el apóstol Pablo concluye que nuestra salvación no es por causa de mérito propio, sino sobre la base de la obra de Dios en Su Hijo Jesucristo, animamos al lector a entregarse al Señor, no confiando en sí mismo, sino en la obra de Dios que por gracia da salvación gratuita a los hombres, habiendo pagado Él mismo el precio por nosotros - precio que no podíamos pagar - para regalarnos la vida eterna en Su Hijo.

Y aun si habiendo ya comenzado a seguir al Señor, ha llegado a volver a confiar en los méritos propios, o en la justicia y justificación por medio de la Ley, no es tarde para volver al Señor, por Su gracia, y confiar sólo en Él, no sólo al comenzar, sino durante toda su vida como cristiano, confiando cada día en Su gracia, y no en los méritos propios; pues aquella gracia que hemos recibido es también la gracia en la cual debemos crecer y abundar cada día más (2 P. 3:18). Y tal como hizo el apóstol Pablo, defienda la verdad, que la salvación es por gracia, y no por obras; que el Evangelio que predicamos siempre recalque a los hombres que sí pueden llegar a ser salvos, pero sólo por la misericordia y la gracia de Dios.

¡Dios nos haga abundar en Su Gracia!

Alberto Rabinovici

LAS BENDICIONES DE DIOS PARA EL JUSTO

“Dios otorga más bondades a un hombre piadoso que a todos los impíos en el mundo. Júntese toda la manutención, todos los males de los que han sido liberados, todas sus riquezas, todas las comodidades que la Providencia les ha dispensado: esas cosas no son más que trivialidades que Dios otorga a hombres impíos. Pero hay bendiciones únicas que otorga a los justos. Dios tiene reservadas cosas preciosas para sus hijos, en comparación con las cuales los tesoros del mundo no son más que polvo y escoria. En cuanto a los santos, Cristo murió por ellos, todos han sido perdonados, han sido librados de un infierno de sufrimiento eterno, se les ha dado derecho a la vida eterna, la propia imagen de Dios les ha sido conferida, han sido bien recibidos y disfrutarán del amor imperecedero de Dios”.

Jonathan Edwards

“El verdadero tesoro de la Iglesia es el Santísimo Evangelio de la gloria y la gracia de Dios” (Tesis 62).

Martín Lutero

“La Gracia de Dios es Su amor en movimiento, es Su favor inmerecido. Es Dios dándonos lo que no merecemos. Si bien la paga de nuestro pecado es la muerte, Dios nos da la vida eterna. Mientras somos rebeldes, Él nos atrae con cuerdas de amor. Aun siendo sus enemigos, nos dio a Su Hijo para que muriera en nuestro lugar. ¡Oh, maravillosa Gracia!”

Hernandes Dias Lopes

CRECIENDO EN LA GRACIA

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.” (2 P. 3:18)

A lo largo de su segunda epístola, el apóstol Pedro, guiado por el Espíritu Santo, hace una extraordinaria defensa de la fe, y un ataque feroz a los falsos maestros, quienes con sus enseñanzas estaban introduciéndose en la Iglesia con el fin de corromperla. Esta situación y su anunciada partida con el Señor generaron en él un celo santo y un sentimiento pastoral, plasmado en cada verso de su epístola. Esto hace que cada apelación del apóstol sea algo digno de ser considerado. Finalmente, él concluye su epístola con dos exhortaciones: Por un lado, Pedro advierte a la Iglesia que debe mantenerse firme contra los ataques del error (2 P. 3:17); y, por otro lado, él nos enseña que esto no puede ser llevado a cabo si no crecemos en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P. 3:18). El crecimiento en el conocimiento y la gracia de Jesucristo es una mezcla indispensable para poder estar firmes ante las asechanzas de los falsos maestros y para vivir una vida agradable a Dios.

Ahora, no son pocos los creyentes que, cuando se les habla de la gracia, inmediatamente piensan que la gracia es sólo un asunto que tiene que ver con la salvación y la fe. Si bien esto

es cierto (nadie puede ser salvo de otra manera, a no ser por gracia), debemos saber que la gracia de Dios no sólo tiene que ver con el comienzo de la fe cristiana, sino que además es un ingrediente esencial en toda nuestra vida y jornada espirituales; y debemos crecer en ella.

Una gracia corrompida: Libertinaje y Legalismo

En este asunto debemos ser advertidos de algunas enseñanzas que han desdibujado esta verdad, y han traído consecuencias lamentables sobre la Iglesia y la vida de muchos creyentes. El énfasis desequilibrado y anti-bíblico de una verdad puede ser usado por el mismo diablo para pervertir los asuntos más gloriosos de la fe cristiana. En algunos lugares existe un exagerado énfasis en mandamientos, ordenanzas, obligaciones e imposiciones, que no tienen base en las Sagradas Escrituras, ni en la enseñanza de Jesucristo y sus apóstoles. Muchos, sin darse cuenta, han caído en un extremo muy peligroso y sutil: “el legalismo”, en el cual no se depende de la gracia de Jesucristo, sino de las obras del hombre y sus esfuerzos. El hombre es esclavizado en actividades religiosas que no tienen nada que ver con Jesucristo y Su verdad. Se pone sobre las personas una pesada carga, que ni los propios líderes pueden llevar. Y aunque el hombre, en su celo religioso, llegara a cumplir ciertas metas, nada de esto le serviría en su vida espiritual con Dios. Estos lugares, con sus enseñanzas, matan la verdadera fe cristiana y su esencia, ahogan el gozo del Señor en el creyente, y vuelven a sus prosélitos religiosos fanáticos, y no verdaderos creyentes en Jesucristo.

Esta es una de las cabezas del dragón, pero no la única. Por otro lado, tenemos aquellos que convierten la gracia de Dios en libertinaje. Muchos son los que han caído pensando que, como ya estamos en la gracia, tenemos libertad hasta para pecar. Profesan descaradamente: “Cristo hizo todo, y nosotros no tenemos ninguna responsabilidad en el avance de nuestra vida espiritual”; éstos usan la doctrina de la gracia para entrar en una pasividad y una falta de compromiso enfermizo y detestable. Estas ideas tan descabelladas y necias, sumadas a un desconocimiento de los verdaderos deberes cristianos, han convertido a algunos círculos cristianos casi en sectas, en las cuales abunda el pecado y todo tipo de maldad; los cristianos son árboles sin fruto, y el servicio cristiano no se conoce en ninguna de sus facetas ¡Dios nos libre de estos peligros y extremos! La exhortación de Dios para Josué toma relevancia en este contexto: “...no te apartes de ella (de la Palabra) ni a diestra ni a siniestra...” (Jos. 1:7). Considerando esta verdad, tenemos peligros a diestra y a siniestra.

Dios nos guíe a través de Su Espíritu y de Su Palabra. El esfuerzo humano, sin la gracia de Dios, es fanatismo y religiosidad. Y la gracia de Dios, sin el compromiso del creyente, es negligencia e irresponsabilidad.

La gracia y la responsabilidad del hombre

Ahora bien, es importante definir que la gracia de Jesucristo, en el contexto de la vida cristiana, tiene que ver con todo lo que tomamos de Cristo, de Su plenitud y provisión, para crecer espiritualmente. Así que, desde la perspectiva bíblica, la gracia no anula la responsabilidad del creyente, ni

sus deberes, sino por el contrario, suministra todo lo que el creyente necesita para poder avanzar. El creyente nunca va a poder madurar si, en su deber individual ante Dios, es perezoso e irresponsable. Ya Pablo lo decía a su joven hijo en la fe, Timoteo: *“Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús.”* (2 Ti. 2:1). Por un lado, Pablo apela mostrándole a Timoteo que no está solo, sino que a su disposición está Jesucristo y Su gracia; pero por otro lado, también le recuerda que debe ser esforzado y diligente para disfrutar y aprovechar esta gracia.

Por un lado, tenemos a Jesucristo y Su gracia a nuestro alcance y disposición. Por otro lado, debemos tomar diariamente esa gracia con diligencia y compromiso. El creyente ha llegado a la Fuente, que es Cristo, pero no debe ser negligente en tomar de ella. Hay un deber individual, intransferible y único en cada uno de nosotros para el aprovechamiento de la Gracia Divina. Como decía el conocido predicador inglés Charles Spurgeon: *“Debemos confiar como si todo dependiera de Dios, y trabajar como si todo dependiera de nosotros”*. La gracia de Dios no anula el esfuerzo y trabajo del creyente; por el contrario, estos dos pilares son la clave del crecimiento en la vida cristiana y la base de una vida fructífera.

Vemos ya que no existe tal contradicción entre la Gracia Divina y el esfuerzo humano, sino por el contrario, si conocemos todo lo que Cristo tiene para nosotros y nos entregamos con toda la fuerza de nuestro ser a Él, experimentaremos el poder y la vida que fluyen del trono de la gracia de Dios. Ha sido dado para nosotros un poderoso Salvador, quien ha provisto de manera abundante todas

aquellas cosas que necesitamos para los desafíos presentes y futuros de nuestra vida cristiana.

Pablo podía confiar en que si Timoteo dependía de Jesucristo para su vida, él podría ser más que vencedor. Lo mismo es para todos nosotros; si nos entregamos por completo a nuestro Señor y le servimos fielmente, Su gracia abundará en nosotros como un caudal que nunca se agotará.

Diligencia en el creyente

Con esta misma línea de pensamiento, Pedro comienza su carta: “*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder...*” (2 P. 1:3). Esta frase “*todas las cosas*” es tan amplia y tan rica, que llena nuestro corazón de tanta expectativa y deseo por disfrutar de lo que Dios ha provisto por Su Hijo. Todo lo que el creyente necesita para vivir una vida de piedad agradable a Dios ya ha sido dado en Cristo Jesús. Ahora, pudiéramos pensar falsamente que lo que ya hemos recibido por Dios en Cristo, y Su gracia, nos podría llevar a ser descuidados, pero Pedro, previendo esto, nos exhorta (en un verso más adelante): “*...vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo...*” (2 P. 1:5) El conocimiento de la provisión en Cristo no debe llevarnos a ser irresponsables. Pedro nos dice que todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas, pero también nos dice que, por eso mismo, ahora debemos ser diligentes. La diligencia, sumada a la provisión divina, es el secreto y la clave del éxito en la vida cristiana.

El cristiano que no conoce la provisión en Cristo buscará saciar su sed en cisternas rotas. Sin embargo, el cristiano que dice conocer la fuente (Cristo y Su gracia), pero que no es diligente en ella, nunca la disfrutará en su vida personal. En vista de la gracia recibida en Cristo, y ahora en paralelo a esto, los creyentes están obligados a recurrir a todas sus facultades regeneradas para llevar vidas piadosas y crecer en ellas. El verdadero crecimiento espiritual no es automático; requiere diligencia y disciplina en la gracia concedida al creyente en Cristo.

Ya debiendo ser cristianos maduros

Este asunto del crecimiento espiritual es tomado con mucha seriedad por Dios y Su Palabra. Los apóstoles reprendieron en varias ocasiones a las iglesias, en las cuales la falta de crecimiento y compromiso de los creyentes manifestó una inmadurez y carnalidad reprobables. Cristianos como los corintios, los gálatas y los hebreos fueron señalados por este pecado. *“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.”* (1 Co. 3:1) *“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros...”* (Gá. 4:19). *“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.”* (He. 5:12). Queda en evidencia la incongruencia en estos cristianos que, después de tanto tiempo de haber recibido la gracia de Dios, seguían teniendo inmadurez espiritual. Dios esperaba que la gracia que se había derramado en cada uno de ellos produjera fruto. Así mismo,

nosotros debemos considerar que el crecimiento en la vida cristiana no es opcional, sino parte esencial de la normalidad de estar en Cristo, y de lo que espera el Señor de nosotros.

Recogiendo o desparramando

Es verdad que muchos de nosotros no deberíamos estar manifestando los mismos pecados, debilidades, falta de conocimiento, falta de amor, falta de santidad y falta de compromiso, que manifestábamos cuando estábamos en nuestros primeros días en Cristo. Es normal que un bebé, en su primer año de vida, ensucie su pañal; pero sería muy preocupante si lo siguiera haciendo ya teniendo 10 años. De la misma manera, es preocupante observar cristianos de 3, 4, 5, 10 y 15 años en la fe “usando pañales y ensuciándolos”; cristianos inmaduros, carnales e ignorantes de la voluntad del Señor. Si este es el caso del lector, tiene que considerar seriamente si está aprovechando y siendo diligente en la gracia que ha recibido, y si ella está produciendo el fruto esperado. Jesús enseñaba a sus discípulos: “...*el que conmigo no recoge, desparrama.*” (Mt. 12:30). Aquí el Señor nos muestra claramente que existen dos tipos de personas, no más, sino sólo dos. Uno que recoge, se entiende por esto uno que aprovecha al máximo lo que recibe; y otro que, por el contrario, desparrama, disipa, desperdicia, y esparce lo que ha recibido. ¿No es esta una imagen vívida de muchos cristianos? Unos, por un lado, manifiestan claramente la gracia de Dios en sus vidas: van adelante en su fe cada vez más, y crecen en ella. El carácter de Cristo es nítido en ellos, su obediencia a Dios es visible, abunda el amor hacia Dios y hacia sus prójimos; crecen en todas las disciplinas espirituales: oran fielmente,

conocen profundamente sus Biblias, regularmente ayunan, son miembros activos y útiles en sus iglesias, vencen cada vez más sus pecados y debilidades, sus dones son multiplicados y sus ministerios ricamente fructificados.

Por otro lado, existen otros cristianos que están perdiendo lo poco que tienen. Están retrocediendo en su fe cada vez más. La gracia que disfrutaban en su vida cristiana es cosa del pasado. Su fe es pálida, tímida, y sucumben ante cualquier adversidad y tentación. Ignoran lo que es ser como Cristo, y sufren por la deformidad de su carácter no transformado. No conocen la gloriosa disciplina de la oración diaria, leen poco sus Biblias, y mucho menos la estudian. Su compromiso con la iglesia es casi nulo, y se vuelven sólo asistentes al culto del domingo. No hay evidencia de ningún don espiritual ni de ningún servicio cristiano. Palabras como santidad, sacrificio, negación, consagración y disciplina, son totalmente desconocidas para ellos. Ahora debemos reflexionar en cuál de estos dos grupos nos encontramos.

Todos sabemos cómo nos encontramos. Es cierto que ante los demás podemos ser hipócritas, pero ante Dios y ante nuestra conciencia... ¡No! Si rindiéramos un examen de nuestras vidas actuales, ¿podríamos decir que hemos crecido en la gracia de Jesucristo? ¿O somos de aquellos que hemos recibido, pero lamentablemente, hemos desparramado? Arrepentimiento es una palabra que deben oír aquellos que han tenido en poco la gracia de Dios y la han tomado en vano. Debemos saber que Dios aborrece la esterilidad, que es un pecado serio ante Él, porque agravia Su gracia y ofende el trabajo y el sacrificio de Jesucristo. El pámpano que no

da fruto será cortado, se secará y será quemado (Jn. 15:6); este será el horrendo destino de aquellos que no enderecen su vida con el Señor, ni tomen en serio el ser cristianos, ni la responsabilidad de recibir la gracia del Señor.

El peligro de nuestra generación

Este tema toma ahora una relevancia extraordinaria en nuestros días, ya que, lastimosamente, la Iglesia pasó de ser ese ejército espiritual de Dios, que discipula a las personas y las prepara para el deber cristiano en todas sus esferas, a ser una comunidad atractiva a la carne, a la cual las personas sólo se acercan para recibir las bendiciones y beneficios de Dios. Los hombres, hoy en día, motivados por un falso evangelio de comodidad y autoayuda, sólo se acercan por el mensaje atractivo de la prosperidad, el éxito y la sanidad, que ofrecen los falsos maestros. La marca que diferenció a los apóstoles y a la Iglesia primitiva en su avance en el Reino de los Cielos y la expansión del Evangelio de Jesucristo, no existe en la generación de cristianos de nuestros días. Aquellos cristianos eran abnegados, santos y sacrificados. Tenían el poder del Espíritu Santo; conocían el amor y lo expresaban. Eran disciplinados y constantes en sus deberes cristianos, conocían qué era trabajar y sembrar para las cosas del Espíritu. Aborrecían el pecado, el mundo y todas sus tentaciones. Estaban dispuestos a morir por Cristo y, si era necesario, sacrificarse por su fe.

Hoy es otra la realidad: Los cristianos no quieren orar, no quieren apagar sus televisores, no quieren dejar sus ídolos, no quieren leer sus Biblias, no quieren testificar de Cristo,

no quieren ayunar, no están dispuestos a obedecer las demandas de la Palabra de Dios; no quieren sufrir por la causa de Cristo. Sólo quieren entretenimiento religioso los domingos, buscan pastores de preferencia inofensivos, que les consientan el alma y les aplaudan su egolatría; buscan vidas tranquilas y cómodas. Su mayor anhelo es ser prósperos y exitosos en los asuntos de este mundo; desean un lugar en el mundo, y que éste los ame. Odian la idea de ser rechazados por las personas y ser considerados como intolerantes y fanáticos. No sienten ningún compromiso con Cristo y Su pueblo; no están dispuestos a sacrificar sus vidas, ni su tiempo, ni su dinero, ni su ser, por causa de Cristo.

Por estas razones, y otras más, es que no vemos el fruto ni el poder de la gracia de Dios en nuestros días. Podríamos decir que somos testigos de una generación cristiana que languidece en su debilidad, y ha sepultado la gracia de Dios en la comodidad e indiferencia. Cristianos atados al mundo, al pecado y a la carne; iglesias que no evangelizan ni testifican, con menos miembros cada vez. Y aquellas que aumentan en número, sólo lo hacen a través de un falso evangelio, produciendo “camadas de falsos cristianos”. El panorama no deja de ser sombrío; y la exhortación en nuestros días es necesaria.

Necesitamos volver a las raíces de nuestra fe y renovar nuestro compromiso personal con Cristo. Debemos desear, amar, buscar y apreciar la bendita gracia de Jesucristo; y entregarnos con todas las fuerzas de nuestro ser, de tal modo que nuestra vida sea un ejemplo encarnado del poder de Dios y Su gracia.

Termino con las palabras del famoso reformador alemán Martín Lutero:

“Dios nos llama a cada uno de nosotros a actuar de acuerdo con la voluntad de Él y con respeto por sus mandamientos. Si queremos ser creyentes responsables, debemos entender que nunca es suficiente tan sólo con oír las instrucciones de Dios; también debemos vivir por ellas. Y nunca es suficiente con esperar ociosamente mientras que otros hacen la obra de Dios aquí en la Tierra: también nosotros debemos actuar. Hacer la obra de Dios es una responsabilidad que cada uno de nosotros debe llevar, y cuando lo hacemos, nuestro amoroso Padre Celestial recompensa nuestros esfuerzos con una cosecha abundante. Amado Señor, haz que mi trabajo sea agradable a ti. Ayúdame a sembrar las semillas de tu abundancia dondequiera que vaya. Que sea diligente en todas mis empresas, y dame paciencia para esperar tu cosecha. Amén.”

Pablo David Santoyo

.....

“Dios quiere que tengas una relación con Él, mucho más íntima que la de simplemente recibir sus regalos.”

Oswald Chambers

“Si crees lo que te gusta del Evangelio, pero rechazas lo que no te gusta de él, no crees en el Evangelio, sino en ti.”

Agustín

EL ORGULLO

El orgullo es una planta venenosa: envenenó a Satanás en el Cielo, envenenó a Eva y Adán en el Edén; y así, constantemente, va envenenando y matando las almas de miles de hombres hasta hoy... ¡Y seguirá haciéndolo! No es una exageración decir que detrás de la tragedia del pecado, con todas sus consecuencias, estuvo su influencia. El excesivo amor propio, la muy alta opinión que tenemos de nosotros mismos, la manera como entronizamos y adoramos nuestras cualidades, y el desprecio con el que miramos a los demás, ligado a la caída del hombre, hacen que nuestro engañoso corazón se deleite en disfrutar del maldito fruto de este árbol.

Por el contrario, nuestra alma debería alimentarse con el fruto glorioso de la humildad, fruto santo, sagrado, que proviene de nuestro Señor Jesucristo. Todos deberíamos saber que Dios está en contra de todos los soberbios, les declara la guerra y los exime de la porción de Su gracia (1 P. 5:5). Dios ama la humildad y odia el orgullo. Por esta razón es que muchos, aun entre los propios hijos de Dios, son desprovistos en su vida del fluir abundante y rico de la Gracia Divina. Nada pudiera afectar tan seriamente nuestro crecimiento espiritual, nuestra intimidad con Cristo y nuestro servicio a Dios, como el orgullo. Su veneno puede distorsionar nuestra visión, afectar nuestras prioridades, pervertir nuestras intenciones, destruir nuestras relaciones, volvernos detestables y alejarnos drásticamente de Dios y de Su gracia. Por esto no debemos menospreciar la severa advertencia: “¡Mata el orgullo que hay en ti, o él matará lo que hay de Cristo en tu vida!”

Pablo David Santoyo

LA GRACIA AUMENTA NUESTRA RESPONSABILIDAD

Después de más de un milenio de tinieblas y apostasía, cuando la Iglesia paulatinamente fue invadida por diversas herejías perniciosas, la luz de la verdad prevaleció sobre una era de oscuridad religiosa. Los pre-reformistas John Wyclif, John Huss y Girolamo Savonarola conmocionaron las estructuras de la hegemonía católica, preparando el camino para Martín Lutero, aunque ellos fueron condenados como herejes y quemados en la hoguera.

El 31 de octubre de 1517, Lutero publicó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg (Alemania), iniciando uno de los eventos más importantes en la historia de la Iglesia: la Reforma. Todo el pensamiento de las doctrinas cristianas fue resumido en cinco pilares, “los cinco solos”: Sólo la Escritura, sólo Cristo, sólo la Gracia, sólo la Fe y solamente A Dios sea la Gloria.

La Reforma nos regaló el retorno a las Escrituras y la recuperación del fundamento de la salvación, únicamente por la maravillosa gracia de Dios, y no por obras. La *Sola Gratia* (la sola Gracia) es uno de esos pilares fundamentales. No obstante, incluso después de conmemorar el cristianismo sus 500 años de la Reforma, la falta de profundidad en la vida con Dios ha generado muchos equívocos doctrinales, y los

frutos han sido: superficialidad y desviaciones espirituales en la vida cristiana.

En estos días, la gracia de Dios ha sido malentendida y mal representada por muchos. Algunos piensan que por estar en la gracia, no tenemos ninguna responsabilidad, no tenemos que hacer nada más. Dios, en Su gracia, hará todo. Dios es amor, y todo es responsabilidad suya, todo corre por su cuenta. ¿Realmente no hay disciplina para el cristiano frívolo, ni juicio para el desobediente?

Por experimentar una generación, la cual ha roto los puentes de sus raíces históricas, buena parte de la Iglesia ha sido arrastrada por los vergonzosos ríos de movimientos liberales. *“Porque algunos hombres...hombres impíos,...convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios...”* (Judas 4).

Como bien dijo Tozer, pastor y escritor cristiano: “Hay muchos vagabundos religiosos en el mundo que no quieren estar atados a cosa alguna. Ellos transformaron la gracia de Dios en libertinaje personal. Mientras tanto, las grandes almas son aquellas que se aproximan reverentemente a Dios, comprendiendo que en su carne no habita bien alguno”. Por eso cuentan con Su gracia para una vida santa y de servicio a Él.

Mac Graham dijo, acertadamente: “La gracia de Dios hace aumentar nuestra responsabilidad. En lugar de liberarnos de muchas responsabilidades, con Su gracia viene juntamente una tremenda responsabilidad. Y es un gran privilegio recibir, con esta responsabilidad, la gracia para servir.” Puedes argumentar: “¿Pero, no somos salvos por pura gracia?” Sí,

es verdad, pero, ¿sabes de qué y para qué fuimos salvos? La salvación por la gracia es sólo el primer paso en la carrera al Reino de Dios.

Tozer además nos advierte: “Bien, la gracia es la que te hizo entrar en el Reino de Dios. Es un favor inmerecido. Sin embargo, después de sentarte a la mesa del Padre, Él espera poder enseñarte cómo comportarte en la mesa. Y Él no te permitirá comer mientras no obedezcas el protocolo de Su mesa.”

Pablo: De emisario del odio a apóstol de la Gracia

Aunque representase la “gloria” del judaísmo, como un religioso ciego, sin la gracia de Dios, Pablo solamente se volvió la punta de lanza de las hordas del infierno contra el cristianismo. Enfurecido como una mala bestia, Saulo fue un perseguidor implacable de los cristianos y consentía en su muerte. Honestamente, aunque equivocado, cometía atrocidades en nombre del celo religioso. Pero fue capturado por la gracia de Dios cuando el Señor se le reveló en el camino a Damasco (Hch. 9:1-19). Entonces vio que Aquel que él pensaba era un impostor, era el verdadero Mesías, el Hijo de Dios; él vio que las personas de la “secta” que odiaba y perseguía, en realidad, eran miembros de Su misterioso Cuerpo, donde el resucitado Jesús habitaba por medio del Espíritu Santo. El “mayor de los pecadores”, mereciendo Su ira como sentencia y el infierno como habitación, fue vencido por Su amor y misericordia. En lugar de condenación, recibió perdón, y en lugar de odio, recibió Amor.

El gran Saulo, que creía representar al Dios airado del Antiguo Testamento, lo conoció en la Persona de Jesús, como la encarnación del Amor y de la Gracia. El enemigo es transformado en amigo, y el que antes transpiraba odio y muerte, ahora exhala, con la gracia, la fragancia del perfume de Cristo; aquel que era un emisario del odio, se convirtió en un apóstol de la maravillosa Gracia.

“Doy gracias... a Cristo Jesús..., porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio...” ¿Cuándo Dios lo consideró fiel y lo llamó al ministerio? Cuando él perseguía y mataba a los cristianos. *“...habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia, porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.”* (1 Timoteo 1:12-14).

Después de ser salvo por la gracia, él no se contentó con apenas reunirse para adorar a Dios con los santos en Jerusalén y oír las impactantes predicaciones de Pedro. ¡No! Él fue más allá; *“...y su gracia no ha sido en vano para conmigo...”* (1 Corintios 15:10).

Como embajador de la gracia, se volvió el mayor evangelista, el hombre más profundo en la Palabra, el apóstol de los gentiles y el mayor plantador de iglesias en toda la historia del cristianismo. Plantó iglesias en las provincias de Galacia, Macedonia, Acaya y Asia Menor. Ningún hombre ejerció tanta influencia sobre toda la civilización. Ningún escritor fue tan conocido, ni fueron sus obras tan divulgadas y comentadas como las de él.

En su obra “Pablo, el mayor líder del cristianismo”, Hernandes Dias Lopes, teólogo y escritor cristiano, dice: “Pablo fue el mayor pionero del cristianismo, su exponente más ilustre, su emisario más elocuente, su embajador más conspicuo. Predicó con celo a los gentiles y a los judíos, en las escuelas, cortes, palacios, sinagogas, plazas y prisión. Con la misma motivación, predicó cuando tenía abundancia y también cuando pasaba por privaciones; él enriqueció a muchos, sin poseer nada. Aunque había experimentado hambre y frío, soportado cadenas y tribulaciones, pasado los últimos días en una mazmorra, y haciendo frente al martirio por orden de un emperador demente, su vida todavía inspira a millones de personas en todo el mundo. Su conversión extraordinaria fue un divisor de aguas, no sólo en su vida, sino también en la historia de la humanidad... Después de su conversión, su celo por la gloria de Dios lo hizo desgastarse sin reservas por los cristianos.”

Pablo se volvió el mayor escritor del Nuevo Testamento, escribiendo 13 de los 27 libros. Según el Dr. Martin Lloyd-Jones, médico y pastor cristiano, la Iglesia, en todos los siglos, reconoce que su Carta a los Romanos es la primera en importancia. Ella fue usada por Dios para la conversión de Agustín de Hipona, de Lutero, y fue instrumento crucial para la Reforma; fue la lámpara que trajo luz para la vida de John Bunyan (junto a Gálatas), y de John Wesley, entre muchos otros. Para Samuel Taylor Coleridge, filósofo y poeta inglés, la Carta a los Romanos “es la más profunda obra escrita que existe (en el mundo).”

Vale la pena considerar la contribución de oro de T. Austin-Sparks, evangelista y escritor cristiano: “Ya oímos más de una vez que hoy el mundo necesita de otro Pablo. ... Es muy necesario e importante recordar que Pablo fue un representante de la Iglesia, la cual es el vaso corporativo para el testimonio del Señor..., y que el Señor nunca pretendió repetir a Pablo personalmente, y tener un Pablo individual o en persona en cada generación. Lo que el Señor pretendía era que toda la Iglesia fuese, en esta dispensación, lo que Pablo era... Pablo fue colocado como un modelo, un representante, una personificación de toda la Iglesia... Las características de la vida espiritual de Pablo debían ser los constituyentes de la Iglesia del comienzo al fin de la dispensación, para que pudiésemos estar más cerca de la meta. Así, diríamos que lo necesario hoy no sería otro Pablo, sino la Iglesia de acuerdo con Pablo en su constitución espiritual. No es el Pablo individual o en persona, sino es lo que veo espiritualmente por medio de Pablo, y con él, constituyendo la Iglesia, constituyendo todo el Cuerpo.” “...*he trabajado más que todos ellos* (los apóstoles); *pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.*” (1 Corintios 15:10).

Para aquel que es salvo por la gracia de Dios, de ahí en adelante debe creer también que Su gracia nos capacita para vivir y trabajar para Dios.

El fructificar de la Gracia en William Carey.

William Carey (1761 – 1834) nació en una zona rural de Inglaterra. Frecuentó la escuela hasta los 12 años, y a los 14 comenzó a trabajar como zapatero. Se convirtió a los 17, y

fue ordenado al ministerio a los 26 años. Inspirado por los escritos de Jonathan Edwards, pastor y misionero cristiano, fue despertado para predicar el Evangelio a los pueblos no alcanzados. En 1791, después de varias investigaciones, se dio cuenta que el 70% del mundo no profesaba el cristianismo. Cuando Carey presentó sus ideas a un grupo de pastores, un anciano replicó: “Joven, siéntese. Cuando Dios quisiere convertir a los paganos, Él lo hará sin su ayuda o la mía”. Pero, ¡gracias a Dios!, Carey no desistió del llamado de la gracia en su corazón; él luchó hasta el fin, y fue a predicar a los pueblos de la India. En 1818 fundó la facultad de Serampore (en la ciudad del mismo nombre), escuela de entrenamiento para pastores y misioneros hindúes.

Carey era autodidacta, apasionado por la lingüística, botánica, historia y geografía. A pesar de la extrema pobreza, aprendió latín, griego, hebreo, italiano, francés, holandés, bengalí, sánscrito, maratí y otras lenguas orientales, y tradujo la Biblia, o parte de ella, a 37 idiomas de la India. Su ministerio prosperó tanto que fue reconocido como el “padre de las misiones contemporáneas”. Por medio de él, muchos otros respondieron a la gracia como misioneros, y la predicación del Evangelio llegó a muchos pueblos.

La Gracia rebosa de buenas obras

Tal vez nada prueba más nuestra espiritualidad y doctrina que el compromiso con las buenas obras. Hay una infinidad de servicios en la casa de nuestro rico Señor para que cada hijo de Dios se vuelva operario trabajador, y no esté ocioso. Mujeres sustentaban a Jesús y Sus colaboradores con

sus ofrendas (Lucas 8:1-3). El Conde Zinzendorf invirtió su fortuna en los moravianos, y así un avivamiento de oración perduró por cien años, y muchos misioneros fueron enviados por el mundo esparciendo el Evangelio. Marta y María nos dan ejemplo de la bendición de abrir nuestra casa y ejercer la hospitalidad. En la casa de María se practicaba el ministerio de la oración corporativa. Un ángel salvó a Pedro de la prisión (Hch. 12:6-18), y Juan Marcos, hijo de María, se volvió un cooperador de los apóstoles (Hch. 13:5). Dorcas cosía ropas para las viudas (Hch. 9:39). En Romanos 16:1-2, vemos que Febe era diaconisa en la iglesia en Cencrea, hospedaba a muchos, y a Pablo, y llevó su carta a los romanos. Priscila y Aquila eran cooperadores de Pablo y cuidaban de las iglesias más jóvenes. Y a pesar de ser una la iglesia en Roma, había por lo menos tres asambleas de hermanos, no solamente reuniéndose, sino trabajando. Pablo menciona una amplia lista de hermanos y hermanas que cooperaban con él en el Evangelio. Pedro recomendó a Pablo: “¡No se olviden de los pobres!” (Gá. 2:10). Pablo se esforzó tanto en cumplir este servicio como en predicar a los gentiles; él desarrolló un fuerte ministerio de socorrer a los pobres, al punto de involucrar a las iglesias en este encargo. Como bien resaltó John Stott, presbítero y escritor cristiano: “Nuestra contribución cristiana puede expresar nuestra teología”.

En 2 Corintios 8, Pablo hace un tributo a la gracia de Dios por medio de las buenas obras en socorro a los pobres; él quería que los hermanos supiesen de la gracia que Dios había concedido a las iglesias en Macedonia. Estos santos eran probados con muchas aflicciones, pero estaban llenos de gozo. Y su extrema pobreza se desbordó en rica generosidad

porque eran cooperadores de la gracia. Pero Pablo quiso testimoniar que, aun así, ellos dieron no solamente lo que podían, sino mucho más que eso, y lo hicieron por iniciativa propia. Estos santos eran pobres, pero ricos en generosidad. Ellos rogaron para participar de la gracia de suplir a los demás e hicieron hasta más de lo que se esperaba. Es posible ser prósperos y llenos de alegría, pero, debido al egoísmo, se puede deambular en el limbo de la angustia y ser azotados por el descontento de Dios.

* George Müller fue el padre de los huérfanos, ejerciendo su fe para levantar orfanatos a fin de acoger millares de huérfanos.

* Moody, más allá de conducir por lo menos quinientas mil almas a Cristo, levantó orfanatos para niños y niñas necesitados; aunque pobre y casi analfabeto, fundó una editora, un centro de entrenamiento para jóvenes trabajadores y una universidad.

* Susannah Spurgeon, esposa de Charles Spurgeon (llamado el “príncipe de los predicadores”), creó un fondo para suplir pastores con buenos libros para capacitarse más en el ministerio.

* Ruth Lee era la secretaria de Watchman Nee, y somos deudores a ella de muchos de los escritos y libros de Nee.

Nos falta tiempo para mencionar a tantos otros que, confiados en la gracia, trabajaron para Dios. Ciertamente, con oración y dedicación, todos nosotros podremos encontrar nuestros lugares para servir al Señor de diferentes formas.

Gracia: Una capacitación divina de poder.

F. F. Bruce, erudito bíblico, resalta: “La humillación de Pablo sirve solamente para realzar la gracia soberana; ésta no fue inútil, vacía, sin resultados. “...*he trabajado más que todos ellos...*” Indica la naturaleza de la gracia concedida, una capacitación divina de poder.”

¿Hemos respondido a la gracia que el Señor depositó en nuestra vida para servir? ¿Qué hemos hecho con nuestros dones y las oportunidades que aparecen delante de nosotros? ¿Hemos respondido con fe trabajando confiados en la gracia de Dios o hemos permitido al enemigo paralizar nuestra vida, impidiendo el progreso de la gracia? Recordemos: “... *no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.*” (2 Timoteo 1:7).

“*Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios.*” (2 Corintios 6:1).

Gerson Lima

.....

“Éxito no es sinónimo de prosperidad, poder, popularidad o cualquiera de las nociones mundanas de éxito. El verdadero éxito consiste en hacer la voluntad de Dios, cueste lo que cueste.”

John MacArthur

JOSÉ: AMARGURA O GRACIA

“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados...” (He. 12:15)

“¡Qué advertencia! No quería, pero tenía que admitirlo... Estaba dejando de alcanzar gracia de Dios. Había una amargura en mi vida, me estorbaba. Pero ¡cómo no tenerla! Conspiraron contra mí, quisieron mi muerte, me levantaron y lanzaron a la cisterna, me dejaron ahí, no sin antes despojarme de mi túnica y robar mi gozo... (Gn. 37). Estando en los laureles de mi vida, siendo lleno de revelación y gracia, ¿por qué fue motivo para el rechazo y la hostilidad?

En la oscuridad de una mazmorra, en medio de mi dolor, brotaban amarguras intermitentes. Por un lado, no podía dejar de admitir que en todo esto estaba la mano del Señor; pero, por otro lado, ¡todo era culpa de ellos! ¡Oh, en qué conflicto me encontraba! En mi corazón me burlaba de sus defectos y errores, endurecía mi rostro y rechinaba mis dientes; quería justificarme ante otros y recibir su conmiseración y halagos. Al menos, eso me haría sentir mejor, ¿verdad? Pero estaba empezando a contaminar... Había apartado mi mirada de la cruz.

El Señor, que “siempre ha estado conmigo también” dándome Su luz, no permitió que mi corazón perseverara en eso. También tenía que admitir que... los amaba. Comparándome con Él, viendo Su dolor y ultraje, y ¡cómo soportó tanto siendo Él! Sucedió algo, y el Señor me fue propicio. Engendré a mi propio Manasés, pues “Dios me hizo olvidar...” (Gn. 41:51).

¡Nunca pensé necesitar gracia para no permitir que el fluir de la gracia se detuviese! El olvido en Manasés me abrió paso para engendrar a Efraín (“fruto”) y alcanzar nuevos niveles de conocimiento de mi Señor.

Muchas veces, un cristiano herido está a un hilo de la amargura; intentará justificarse por sus actos, y buscará maximizar la ofensa del agresor a niveles mayores ante la presencia del Señor y ante las otras personas. “¡Míralos!”, dirá. Sin embargo, el Señor en Su amor, ternura y comprensión, dirá: “¡Mírame!” Al hacerlo, será desnudado, sus rodillas temblarán, no tendrá más argumentos. Les amará, orará por ellos. La expresión de la vida del Espíritu que contiene toda la bendita victoria de la humanidad divina de Jesús, se expresará entonces en él, y Dios será glorificado, y él será feliz. La amargura se pudrirá, y la muerte dará paso a la vida y, al final, hablará a los corazones, diciendo: “*Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien...*” (Gn. 50:20).

Ten cuidado de la amargura en medio del sufrimiento y el dolor; ella pueda causar que el caudal de la gracia de Jesucristo sea interrumpido en tu vida.”

Anónimo

“La amargura es el veneno que te mata lentamente mientras esperas la muerte del otro.”

Jason Frenn

LA PERVERSIÓN DE LA GRACIA

“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.” (Judas 4)

Desde el principio de la era de la Iglesia, Satanás ha querido, de múltiples formas y con variadas estrategias, pervertir la gracia de nuestro Dios. Una de las estrategias consiste en tergiversarla para engañar a los creyentes, llevándolos a vivir una vida en medio de la inmundicia del pecado y la depravación, haciéndoles pensar que esto ya no tiene consecuencias, después de haber sido rescatados de esa manera de vivir por el Señor. ¡Pero qué gran contradicción es esta!

Esta estrategia la ha levantado el enemigo haciendo un mal uso de la interpretación bíblica, la cual busca que el hombre ahogue su conciencia mientras peca, porque erradamente piensa que la gracia le da la “libertad” para seguir las tendencias de su carne, del mundo o, incluso, del mismo Satanás, sin que el corazón de Dios cambie para con él, dado que, según esta herejía, Dios mismo inspiró la gracia para rescatar al hombre a pesar de que permanezca pecando indiscriminadamente. Esto es un error que atenta, no sólo contra la correcta hermenéutica bíblica, sino contra la Persona misma de Dios, quien es Santo.

La advertencia de Judas

Judas, en su epístola, nos avisa que esta maligna labor la realizan personas que, evidentemente, no han sido participantes de la salvación; son personas condenadas que niegan a Dios y a Su Hijo Jesucristo, y que entran de una manera solapada, sin levantar sospechas, enseñando el libertinaje como si fuera la verdadera libertad que trae la gracia de Dios, para falsificarla, y así arrastrar a los discípulos del Señor a aquello que los destruye y esclaviza, es decir, al pecado.

Esta misma estrategia la usó Satanás en el Edén, introduciendo un falso concepto de libertad para llevar al hombre al libertinaje, con el objetivo de separarlo de Dios, y así poder hacerlo esclavo del pecado y, por ende, esclavo del mismo Satanás. El maligno logra su objetivo de esclavizar al hombre cuando éste no está bien fundamentado respecto a la gracia de Dios y la verdadera libertad; es por esto que tiene que realizar su obra encubiertamente, aprovechando nuestra falta de agudeza, discernimiento y conocimiento de la gracia de Dios. De esta misma manera, introduciendo falsos maestros, Satanás había comenzado a infiltrar la Iglesia, por lo cual el Espíritu de Dios inspiró a Judas para dejarnos esta solemne advertencia, a fin de que veamos.

También nosotros debemos estar atentos a esta advertencia, pues, como en el pasado hubo esta clase de falsos maestros introducidos en la Iglesia del Señor para socavar la santidad de Dios en los creyentes, hoy también abundan en medio del pueblo de Dios quienes mancillan y pisotean la gracia de Dios con su falsa libertad.

El ejemplo de Israel

Judas suma a su advertencia anterior, el ejemplo del pueblo de Israel cuando salió de Egipto: *“Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron.”* (Judas 5); él recuerda a los creyentes, los cuales no ignoran la gran liberación que hizo Dios con el pueblo de Israel, cuando los libertó de su esclavitud en Egipto de una dura servidumbre (Ex. 1:14), de muerte (Ex. 1:16) y desesperación (Ex. 2:23). Mas aquellos del pueblo que no creyeron fueron destruidos por el Señor, ya que se volvieron de la libertad de Dios al libertinaje, a sus ídolos, murmuraciones, fornicaciones, codicias; y tentaron a Dios (1 Co. 10:6-10), quien les había dado la verdadera libertad de sus enemigos, y les había sacado para llevarlos a la Tierra Prometida. Dios había librado al pueblo de Israel en base a Sus promesas, las cuales son por gracia, y no por las obras de Israel en Egipto; mas el pueblo, no apreciando Su gracia, se volvió atrás en incredulidad, para hacer el mal contra quien les había libertado.

Judas hace este recordatorio a los creyentes, para que no olviden que han sido libertados de la esclavitud del pecado (Gá. 5:1), por lo cual deben permanecer en la verdadera libertad, la que es por la gracia de Dios. Nosotros, hoy en día, también debemos permanecer en esta gracia, sin volvernos atrás, en incredulidad, a lo que Dios aborrece, como si tuviéramos libertad para retornar a aquello de lo cual Él nos hizo libres.

El ejemplo de los ángeles

Tenemos además el ejemplo de los ángeles, lo cual Judas también menciona (v. 6): *“Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día...”* Dichos ángeles habían recibido un lugar de honor en el servicio a Dios, pero deshonrando ellos su lugar y su llamado, abusaron de la libertad que Dios les dio, desvirtuándola, pervertiéndose a sí mismos y llegando a cometer actos abominables, por lo cual fueron despojados de su lugar de privilegio, para ser encerrados hasta el día en que han de ser juzgados.

Con estos ejemplos Judas advertía a los creyentes de antaño, y aún de hoy día, que debido a que hemos recibido ¡un llamamiento tan grande!, ¡una liberación tan gloriosa, y tan superabundante provisión de gracia en el Hijo de Dios!, no debemos descuidarnos, porque, siendo engañados, podemos acabar en un libertinaje que, seguramente, un día nos llevaría a ser juzgados por aquel Supremo Juez, nuestro Dios. El cristiano no debe ignorar - como lo hace notar Judas - que aunque ha sido perdonado por Dios y salvado por gracia (mediante Su Hijo Jesucristo), esto no lo exime de ser juzgado y disciplinado por el Señor, si llegare a volverse atrás, en pos de su pecado.

La enseñanza de los apóstoles

Judas también nos dice: *“Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo...”* (Jud. 17). Ahí él hace referencia a la

enseñanza apostólica con respecto a este importante tema. El apóstol Pedro decía: *“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías.”* (1 P. 4:3); él exhorta a los creyentes a no permanecer en el pecado, ni volver a él, del cual fueron hechos libres, pues habían sido libertados del poder del pecado y la condenación, por medio de Cristo, quien sufrió por ellos, librándolos, por pura gracia, de su antigua condición (1 P. 4:2) para ya no volver atrás.

Juan, quien es llamado por muchos el apóstol del amor, afirmó: *“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.”* (1 Jn. 5:18). Con esto dejó sin justificación alguna a aquellos que tergiversan la gracia, quienes afirman que podemos vivir, al mismo tiempo, una continua vida de pecado y ser verdaderos creyentes en el Señor. Pero el mismo apóstol dice también: *“El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”* (1 Jn. 3:8). Dicho texto revela la realidad de aquellos que dicen haber sido rescatados por la gracia de Dios, manifestada en la obra de Su Hijo a favor del pecador, pero siguen viviendo una vida sumergida en el pecado, demostrando que realmente son del diablo, y no de Dios.

El apóstol Pablo conoció a profundidad lo que es la gracia de Dios, no sólo como concepto doctrinal, sino como verdad y realidad experimental desde el mismo momento de su conversión y hasta su madurez espiritual. Conocía a profundidad

el efecto santificador de la gracia; por eso, con autoridad y determinación genuina, e inspirado por el Espíritu Santo, enseñaba a la Iglesia así: “*¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?* (Ro. 6:1-2). El apóstol Pablo dice que los que hemos muerto al pecado - y esto sólo es posible mediante la obra de gracia del Señor, por Su Hijo, en nosotros -, no vivimos en el pecado. Es una tremenda contradicción para el apóstol que nosotros, que hemos sido libres del pecado, podamos, o incluso deseemos, vivir en el pecado, porque nuestra nueva naturaleza nos exige interiormente separarnos de todo lo pecaminoso. Vivir en el pecado no se corresponde con un verdadero hijo de Dios.

El versículo dice además: “*En ninguna manera*”; es decir, no existe ninguna posibilidad, ninguna forma, ni un pequeño permiso, ni opción, para alguien que habiendo experimentado la gracia, pueda vivir en el pecado.

Siempre el llamado de los apóstoles fue el de abandonar el pecado y caminar hacia la santidad a la cual nos llama Dios: “*Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.*” (2 Co. 7:1; He. 12:14). Ellos nunca enseñaron que, con la excusa de la gracia de Dios, tuviésemos licencia para permanecer en el pecado.

Las Palabras de Jesucristo

Quien quiera usar la gracia para justificar una vida pecaminosa, sólo puede ser un hombre impío, no un hijo de Dios;

no un salvo, sino un condenado; no un hombre libre por el Espíritu del Señor, sino un esclavo del diablo y de su obra. Por el contrario, un hijo de Dios, conocedor de la gracia, cada día conocerá más de la santidad de Dios. Un hijo de Dios, amante de Dios, amará entonces también Su santidad, y despreciará todo lo pecaminoso.

El mismo Señor Jesucristo, por quien ha venido la gracia (Jn. 1:17), enseñó sobre la condición de quienes quieren seguir sumergidos en la inmundicia y el pecado. “*Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.*” (Jn. 8:34). Si alguien, queriéndose amparar en la gracia del Señor, busca seguir en pecado, se engaña, y continúa en esclavitud; como afirmaría el apóstol Pablo más tarde, que si volvemos al pecado, habiendo sido rescatados por nuestro Señor, volvemos a esclavitud (Ro. 6:16).

Nuestro Señor, quien es Dios de toda gracia (1 P. 5:10), nunca fue indulgente con el pecado. “*Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.*” (Lc. 13:3). Él confrontó a todos aquellos que creían estar bien con Dios y creían gozar de Su favor, para recordarles que si no se arrepentían (dejando su pecado), perecerían. Por lo cual es imposible pensar que, con la excusa de estar en la gracia de Dios, se puede continuar en pecado, sin perecer y sin tener consecuencias por ello. En el Sermón del Monte (Mt. 5:1-29), nuestro Señor deja en claro que Su gracia no abroga Sus exigencias en cuanto a nuestra relación con Dios y el prójimo, y en cuanto al pecado, y las consecuencias que éste trae sobre los que ya son hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Como en el caso del homicidio (Mt. 5:22), adulterio (Mt.5:28) o el divorcio

(Mt.5:32). Aun el Señor nos habla acerca de cómo tratar con el pecado en la Iglesia, y la disciplina eclesiástica que se debe aplicar (Mateo 18:17), mostrando que en la Iglesia el pecado, con la excusa de la gracia, no debe ser tolerado.

La gracia y la disciplina

Muchos quieren hoy argumentar que por causa de la gracia de Dios, el creyente puede pecar de manera deliberada, sin arrepentirse, sin dejar su pecado, y que esto debe ser tolerado con la excusa del amor de Dios y la salvación por gracia que nos ha dado en Su Hijo. Mas el Señor dijo: *“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano.”* (Mt.18:15). El Señor mandó reconvenir a aquellos que pecan contra un hermano para que se arrepientan, es decir, para que dejen su pecado y para que la relación sea restaurada. Por lo cual, aquellos que se excusan haciendo daño, estafando, defraudando a otros hermanos, no deben ser tolerados, por la gracia de nuestro Dios, sino exhortados al arrepentimiento para restauración; mas, de no arrepentirse ante esta instancia y ante la de los testigos (Mt.18:16), y aún rehusare hacer caso omiso a la Iglesia para arrepentirse y poder ser restaurado, entonces el Señor dice a la Iglesia: *“tenle por gentil y publicano.”* (Mt.18:17). Por lo cual, vemos que el Señor ha delegado a la Iglesia la autoridad para disciplinar a aquellos miembros que insisten en permanecer en el pecado, sin arrepentirse, mostrándonos lo poco indulgentes que debemos ser con el pecado con la excusa de la gracia de Dios, la cual realmente debe guiarnos a corregir y restaurar al desviado, y no a dejarle en su mal camino.

Las sectas y la gracia

Pero el excusarse en la gracia para pecar no se limita sólo a individuos. Existen grandes movimientos, como la secta “Creciendo en Gracia”, del fallecido José Luis de Jesús Miranda, actualmente bajo el control de quien fuera su esposa en vida (Lisbeth). Allí enseñan la herejía de que, dado que Cristo al morir destruyó el pecado, ahora el cristiano aunque peque, su pecado ya no es contado como pecado, por lo cual, dicen ellos: “Podemos vivir en todo tipo de inmundicia, sin consecuencias”, con la excusa de que “por la gracia de Cristo todo nos será perdonado, aún sin que haya arrepentimiento”. ¡Qué absurdo! ¡Qué mentira más cruel! A la cual respondería el apóstol Juan, como lo hizo en el primer siglo: “*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.*” (1 Jn. 1:8). Estas herejías no son exclusivas de este tipo de sectas. También hoy en día hay muchas congregaciones en las cuales se predica un “evangelio” distorsionado, donde se da a entender que puedes venir a Dios, y permanecer en tu pecado, sin arrepentirte, sin dejarlo, y estar bien con Dios por causa de Su abundante gracia. Esta mentira, que tiene cauterizada la conciencia de muchos, hace que miles permanezcan en fornicación, adulterio, robo, mentira, idolatría..., creyendo (engañados) que están bien con Dios, y en realidad están caminando directamente al Lago de Fuego, sin que nadie les estorbe con el mensaje del Evangelio de la Gracia, que trae arrepentimiento y salvación por la fe en Jesucristo.

Mas las Escrituras nos muestran que Dios no trata con indulgencia el pecado: “...*Porque el Señor al que ama, disciplina,*

y azota a todo el que recibe por hijo.” (He. 12:6). El Señor de la gracia es también el Señor de la disciplina, pues son justamente Su gracia y Su disciplina las que nos guían al arrepentimiento y, como hijos, a la restauración (Ro. 2:4). Él mismo dice a la Iglesia que se desvía: *“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.”* (Ap. 3:19), pues Su amor y Su gracia se manifiestan con Su reprensión y disciplina, a los creyentes que se desvían, para que su andar sea corregido.

Volvamos en arrepentimiento por Su gracia

Si usted ha pecado, tanto individualmente o como Iglesia, aún si ha estado en una secta engañado por el falso “evangelio” del libertinaje, todavía hay esperanza, porque el Señor dice: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”* (1 Jn. 1:9).

Arrepíentase, ponga su fe en Cristo, crea en el Evangelio de la gracia de Dios que conduce a un cambio de vida, de la esclavitud del pecado a la libertad en la Santidad de Dios. No se engañe, no confíe en usted mismo, no se aferre a su pecado, abrace la fe en Jesucristo, confiese su pecado y arrójese en los brazos del Salvador, quien, por Su infinita gracia, le otorgará salvación, restauración, santificación y vida eterna en Él.

Orlando Salamanca y Alberto Rabinovici

JOHN BUNYAN

1628-1688

“Justamente cuando Cristiano llegó a la cruz, su carga se soltó de sus hombros y se cayó de su espalda; y comenzó a rodar, y siguió rodando, hasta que llegó a la boca del sepulcro, por donde cayó, y no volví a verla más. Entonces Cristiano estaba contento y ligero, y dijo con alegría en su corazón: ‘Él me ha dado reposo por su angustia, y vida por su muerte’.

(“El Progreso del Peregrino”)

Hace muchos años conversaban tres mujeres en el portal de una casa de cierta calle de Bedford, Inglaterra. Hablaban de Dios y de cómo Él las había salvado por medio de nuestro Señor Jesucristo; de cómo disfrutaban entonces de gozo y paz, de cómo Él contestaba sus oraciones y de cuán maravilloso era su Señor. Tan concentradas estaban en la conversación, contándose de Dios y de su Salvador, que no se dieron cuenta que un hombre se aproximaba hasta poder oír lo que ellas estaban diciendo. Él vio que estas humildes mujeres poseían algo real y sublime que él no tenía, algo que nunca había sabido ni experimentado. Jamás olvidó lo que había oído. Abandonó desde ese día sus antiguas compañías de gente impía, y se dio a buscar el tesoro espiritual que aquellas sencillas señoras poseían. Aquel hombre era John Bunyan, quien más tarde sería el autor de la famosa obra: “El Progreso del Peregrino”.

De hojalatero a soldado

Nació en 1628, en Elstow, Bedfordshire, hijo de Thomas y Margaret Bunyan. Su padre era un calderero que viajaba por la zona reparando ollas y sartenes.

John aprendió a leer y a escribir, pero no tuvo la oportunidad de continuar con una educación clásica. A los diez años de edad su padre le puso a aprender el oficio de calderero y él lo aprendió bien. A pesar de que era joven pudo hacer bien su trabajo, y a los 14 años ya había terminado su período de aprendizaje y pudo trabajar por su cuenta. Era un joven fuerte y robusto, alegre y lleno de vida (en el sentido popular), un poco atrevido, y no muy precavido, y por eso estuvo a punto de perecer ahogado en un par de ocasiones. También, según él, podría haber perdido su vida cuando estuvo jugando con una serpiente venenosa. Estas cosas demuestran la bondad del Señor hacia él, que no le permitió perecer. A veces hacía sonar las campanas de la iglesia a horas intempestivas. Pero una de sus costumbres pecaminosas más horribles fue la de jurar, maldecir y blasfemar.

En el año 1644 se unió al ejército. Cuando era soldado relató: “Iba a ser llevado con otros a un lugar para asediarlo, pero cuando estaba listo para partir, uno de la compañía quiso ir en mi lugar; yo consentí, y mientras estaba de centinela, recibió un disparo en la cabeza, y murió”. Cuando las fuerzas se desbandaron debió regresar a su hogar para retomar el oficio paterno.

Primeros pasos de su conversión

Después de salir del ejército se casó con una joven en cuya familia todos eran creyentes fervorosos. Como dote solamente trajo con ella dos libros de su padre: “El camino al Cielo para el hombre sencillo”, por Arthur Dent, y “La práctica de la piedad”, por Lewis Bayly.

La influencia de su joven esposa y sus buenos libros le cambiaron gradualmente. Uno tras otro fue dejando todos sus entretenimientos favoritos. El hábito de jurar lo dejó de una vez por todas. Era diligente en su asistencia a los cultos y sermones y en la lectura de la Biblia, al menos en sus porciones narrativas, pero con la parte doctrinal y práctica, “las epístolas de Pablo y partes semejantes, no podía con ellas”, decía él. El cambio era real, aunque todavía algo superficial, provocando el asombro de sus vecinos. “En lo exterior - escribe Lord Macaulay - pronto se convirtió en un estricto fariseo, un pobre hipócrita pintarrajeado”, y así también es como él se describió a sí mismo.

La conversión no sucedió pronto o de una vez, sino tras una gran lucha; sintió gran carga por algunos pecados, así como falta de paz, y quería encontrar aquello que no tenía. Experimentó un fracaso tras otro en su “búsqueda”. En uno de esos momentos de fracaso, comenzó a pecar más que nunca, especialmente, con la lengua, con juramentos y maldiciones. Sin embargo, Dios en su providencia, le mandó una reprensión por la boca de una mujer de baja vida que le dijo que a ella le hizo temblar el oírle hablar como él hablaba, y que él podría corromper a toda la juventud del pueblo con su

lengua. Debido a esa reprensión hecha por esa mujer de mala fama, trató de reformarse nuevamente.

En los siguientes trozos copiados de su libro “Gracia abundante para el mayor de los pecadores”, se descubre cómo él luchaba en oración durante el período de su conversión:

“Durante el tiempo en que me sentí condenado a las penas eternas, me admiraba de cómo los hombres se esforzaban por conseguir los bienes terrenales, como si esperasen vivir aquí eternamente... Si yo hubiese tenido la seguridad de la salvación de mi alma, cómo me sentiría inmensamente rico, aun cuando no tuviese para comer nada más que frijoles”.

En su lucha por liberarse de la esclavitud del vicio y del pecado, no cerraba su alma a los seres desorientados que ignoraban los horrores del infierno. Acerca de esto, él escribió:

“Mediante las Escrituras percibí que el Espíritu Santo no quiere que los hombres entierren sus talentos y dones en la tierra, sino más bien que aviven esos dones... Doy gracias a Dios por haberme concedido la capacidad de amar y tener compasión por el alma del prójimo, y por haberme inducido a esforzarme grandemente para hablar una palabra que Dios pudiese usar para apoderarse de la conciencia y despertarla”.

En eso, el buen Señor respondió al anhelo de su siervo, y la gente comenzó a mostrarse conmovida y angustiada al

percibir el horror de sus pecados y la necesidad de aceptar a Jesucristo:

“Desde lo más profundo de mi corazón clamé a Dios insistentemente para que Él hiciese eficaz la Palabra para la salvación del alma... De hecho, le dije al Señor repetidamente que si el sacrificio de mi vida a la vista de la gente sirviese para despertarlos y confirmarlos en la verdad, yo lo aceptaría alegremente”.

Sus ojos abiertos a la gloria de Jesucristo

Por medio de esas mujeres pobres que ya mencioné al principio, Bunyan conoció al recién instalado pastor bautista en Bedford, John Gifford, aquel que es identificado como “Evangelista” en “El Progreso del Peregrino”. Dios usó a Gifford para el bien de él. Especialmente, aprendió a buscar todo en la Biblia y a ser guiado por la Biblia solamente. Aprendió bien esa lección, y comenzó a estudiar su Biblia con más amor e interés que nunca. Sin embargo, de alguna manera u otra, también pudo leer el comentario de Lutero sobre la epístola a los Gálatas, y ese libro fue un canal de gran bendición para su vida. Casi nunca habló de un libro aparte de la Biblia, pero menciona ese de Lutero como de mucho beneficio para la conciencia herida.

“Busqué al Señor, orando y llorando, y desde el fondo de mi alma clamé: “Oh Señor, muéstrame, te lo ruego, que me amas con amor eterno”. Entonces escuché repetidas mis palabras, como en un eco: “Yo te amo con amor eterno”. Me acosté para dormir

en paz y, al despertarme al día siguiente, la misma paz inundaba mi alma. El Señor me aseguró: “Te amé cuando vivías pecando; te amé antes, te amo después y te amaré siempre”. Cierta mañana, mientras yo oraba, temblando, porque pensaba que no obtendría una palabra de Dios para consolarme, Él me dio esta frase: “Te basta mi gracia”. Mi entendimiento se llenó de tanta claridad, como si el Señor Jesús me hubiese estado mirando desde el cielo a través del tejado de la casa y me hubiese dirigido esas palabras. Volví a mi casa llorando, transportado de gozo, y humillado hasta el polvo. Sin embargo, cierto día, mientras caminaba por el campo, con mi conciencia intranquila, repentinamente estas palabras se apoderaron de mi alma: “Tu justicia está en los cielos”. Con los ojos del alma me pareció ver a Jesucristo sentado a la diestra de Dios, que permanecía allí como mi justicia... Además, vi que no es mi buen corazón lo que mejora mi justicia, ni lo que tampoco la perjudica; porque mi justicia es el propio Cristo, el mismo ayer, hoy y para siempre. Entonces las cadenas cayeron de mis tobillos: quedé libre de mis angustias, y las tentaciones que me asechaban perdieron su vigor; dejé de sentir temor por la severidad de Dios, y regresé a mi casa regocijándome con la gracia y el amor de Dios. No encontré en la Biblia la frase: ‘Tu justicia está en los cielos’, pero hallé: “...*el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención...*” (1 Co. 1:30), y vi que la otra frase era verdad. Mientras así meditaba, la siguiente porción de las Escrituras penetró con poder en mi espíritu: “... *nos salvó,*

no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia...” (Tit. 3:5). Así fui levantado a las alturas y me hallé en los brazos de la gracia y de la misericordia. Antes temía a la muerte, pero después clamé: “Quiero morir”. La muerte se volvió para mí una cosa deseable. No se vive verdaderamente antes de pasar para la otra vida. “¡Oh - pensaba yo - esta vida es apenas un sueño en comparación con la otra!” El propio Dios es la porción de los santos. Fue eso lo que vi y lo que me llenó de admiración; Cristo era un Cristo precioso en mi alma, constituía mi gozo; la paz y el triunfo en Cristo eran tan grandes”.

Finalmente, recibió la paz del Señor, después de 5 o 6 años llenos de temores. Fue bautizado el 13 de mayo de 1653, teniendo 24 años de edad. Se unió a la iglesia donde estaban las tres mujeres que le llevaron a Gifford y donde había otros fieles también.

En el año 1655 murió la joven esposa, y le dejó 4 hijos para cuidar. La mayor de los hijos era una chica que nació ciega, llamada Mary (María). Él la amaba grandemente.

Los obstáculos que tenía que enfrentar eran muchos y variados; luchaba fielmente contra la tentación de vanagloriarse por el éxito de su ministerio, a fin de no caer en la condenación del diablo. Cuando cierta vez uno de sus oyentes le dijo que había predicado un buen sermón, él le respondió: “No necesita decírmelo. El diablo ya me susurró al oído eso mismo antes de dejar el púlpito”. Luego, el enemigo de las almas indujo a los impíos a que lo calumniasen

y esparciesen rumores contra él por todo el País, con el fin de hacerlo abandonar su ministerio. Lo llamaban hechicero, jesuita, contrabandista, y afirmaban que vivía con una amante, que tenía dos mujeres y que sus hijos eran ilegítimos.

Encarcelamiento

Tras la restauración de la monarquía en su País con Carlos II, en 1660, los puritanos perdieron el privilegio de la libertad de culto, y se declaró ilegal toda liturgia que no estuviera de acuerdo con la Iglesia Anglicana. Bunyan, que persistió en sus prédicas prohibidas, acabó en la prisión del condado de Bedford de 1660 a 1672; aunque durante este tiempo se le permitió cierta libertad, las autoridades civiles lo sentenciaron a prisión perpetua por su ministerio, donde sólo contaba con su Biblia y el “Libro de los Mártires”, del teólogo John Fox. Podría haber tenido libertad si hubiera aceptado no predicar más, pero él estaba convencido de que la predicación del Evangelio era su deber y, por lo tanto, nunca aceptó el compromiso ante las autoridades de no predicar más.

Durante los primeros 6 años de su prisión, también leía y escribía. Ese tiempo, por supuesto, era difícil, pero Dios proveyó para él y para su familia; incluso John estuvo haciendo encajes que su hija ciega vendía. John también ya se había casado de nuevo en 1659 con una buena mujer cristiana llamada Elizabeth (Isabel), justo el año previo a su prisión. Y con respecto a su prisión, él nos cuenta:

“Nunca había sentido tanto la presencia de Dios a mi lado en todo instante, como después de que fui encerrado, fortaleciéndome tan tiernamente con

esta o aquella Escritura, hasta el punto de que llegué a desear, si ello fuese lícito, mayores tribulaciones, con tal de recibir mayor consolación... Sin embargo, a pesar de ese consuelo, me sentí un hombre rodeado de debilidad. La separación de mi esposa y de nuestros hijos, aquí en la prisión, se vuelve a veces como si se separase la carne de los huesos. Y esto no solamente porque me acuerdo de las tribulaciones y miserias que están sufriendo mis seres queridos, especialmente mi hijita ciega. ¡Pobre hija mía, qué triste es tu existencia en este mundo! Vas a ser maltratada; pedirás limosnas, pasarás hambre, frío, desnudez y otras calamidades ¡Oh, los sufrimientos de mi cieguita me quebrarían el corazón en pedazos! Yo también meditaba mucho sobre el horror del infierno para aquellos que temían la cruz, al punto de negarse a glorificar a Cristo, y de rechazar Sus palabras y leyes ante los hijos de los hombres. Pero mucho más pensaba sobre la gloria que Cristo preparaba para aquellos que, con amor, fe y paciencia, daban testimonio de Él. El recuerdo de estas cosas servía para disminuir la tristeza que sentía al recordar que mis seres queridos estaban sufriendo por el testimonio de Cristo”.

La suprema ironía de este confinamiento impuesto sobre un ser humano tan “insignificante”, desde una perspectiva mundana, es la gloriosa confusión de la sabiduría humana resultante cuando tal tesoro espiritual, como “El Progreso del Peregrino”, nació de este confinamiento.

Libertad y frutos

Después que estuvo libre, fue a predicar en Bedford, Londres y muchas otras ciudades. Llegó a ser tan popular, que lo apodaron “Obispo Bunyan”. Se hizo cargo de la labor pastoral de la iglesia en Bedford, de la cual había sido miembro durante largo tiempo.

En una oportunidad se dice que Juan Owen, eminente teólogo, fue a oírle predicar. Cuando el rey Carlos II se enteró de esto, expresó a Owen su sorpresa de cómo un hombre de sus conocimientos hubiese ido a oír la charla de un miserable calderero. Owen respondió “Con mucho gusto daría todo mi saber por el gran poder de ese hombre”.

En otra ocasión John había de predicar en una aldea del condado de Cambridgeshire, y una gran multitud se había reunido delante de la casa en que debía celebrarse el servicio; en esos momentos pasó por allí, en su coche, un profesor célebre de la universidad de Cambridge y, al notar el gentío, preguntó a qué se debía tal reunión. Se le dijo que un calderero de Bedford predicaría en breve en aquella casa. Entonces aquel profesor, lleno de ciencia y de orgullo, descendió del vehículo, y entró en la casa diciendo: “Estoy decidido a oír charlar a este calderero”. Pero al final no fue como él se había imaginado. En lugar de ver las risas y oír las burlas hacia el predicador, las ardientes palabras tocaron las fibras de su corazón, de tal manera que se sintió profundamente conmovido durante toda la predicación, y cuando salió de allí... ¡era una nueva criatura!

C. H. Spurgeon comentó sobre Bunyan: “¡Caramba, este hombre es una Biblia viviente! Podrían punzarle donde quieran, y descubrirán que su sangre es una sustancia extraña llamada ‘Biblina’, es decir, que la propia esencia de la Biblia fluye de sus venas. No puede hablar sin citar un texto bíblico, pues su alma está llena de la Palabra de Dios”.

Muerte y obra

Murió el 31 de agosto de 1688, en Londres, a consecuencia de una fuerte fiebre que contrajo luego de haber cabalgado bajo la lluvia, cuando iba de Reading a Londres, a reconciliar a un padre y su hijo pródigo. Las últimas palabras registradas fueron las siguientes:

“Mis días laboriosos han terminado. Voy a ver la Cabeza que fue coronada de espinas y la cara que fue escupida por mí. He vivido de oídas y por fe; pero ahora voy a donde viviré por la vista, y estaré con Aquél en cuya compañía me deleito; llévame, porque vengo a Ti”.

Se le atribuyen aproximadamente 59 libros, tratados y manuscritos. Doce de ellos fueron escritos mientras se encontraba en prisión. La variedad de sus escritos es muy amplia, y refleja la diversidad de sus dones pastorales. Entre ellos, sus dos obras más conocidas son: “El Progreso del Peregrino” y “Gracia abundante para el peor de los pecadores”.

Reflexión

Querido lector: ¡Cuántas veces nuestros corazones tienden a divagar perdidos entre las distracciones más vanas y

ridículas! Sólo la obra de rescate del Señor, que muchas veces incluye el dolor, nos guarda.

Sal de tu comodidad, deja de vivir para ti mismo, persevera hasta el fin y sigue con la mayor fidelidad posible los pasos de Cristo, así como lo hizo este humilde hombre inculto y sin ningún tipo de instrucción, que estudió detenida, celosa y cuidadosamente su Biblia, un hombre fiel y dispuesto a sufrir por la obra de su Señor.

No desperdicies tu vida viviendo para ti mismo y la gloria, comodidad y placeres que puedas conseguir de este mundo. Recuerda esto: “No se trata de mí, ni de ti, se trata de Cristo, de lo que a Él le agrada y de lo que le trae gloria a Él”.

Como Bunyan lo describió: “Si mi vida es sin fruto, no importa quién me alabe; y si mi vida es fructífera, no importa quién me critique”.

“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él...” (Fil. 1:29).

Recopilado por Luisa Cruz

Bibliografía:

“Gracia abundante para el peor de los pecadores” – John Bunyan

“Biografías de Grandes Cristianos” – Orlando Boyer

“Biografía de John Bunyan”, de Alfredo S. Rodríguez y García

RELACIONES SEXUALES PREMATRIMONIALES

“¿Para qué derramar por las calles el agua de tus manantiales teniendo sexo con cualquiera?”

(Pr. 5:16. NTV)

Las relaciones sexuales premaritales se han convertido en algo muy común en esta época; por ende, la castidad hasta el matrimonio es ahora un concepto mojigato y anticuado. La cultura moderna con su gran lema: “Si te produce placer, hazlo”, ha sido la instructora de la mayoría de los jóvenes y adolescentes. Esta ha sido la causa de grandes problemas sociales, tales como el incremento del número de madres muy jóvenes, las enfermedades de transmisión sexual y abortos masivos.

Hoy, la sociedad dice: “¿Qué hay de malo en que se experimente el placer a temprana edad? Entre más pronto sea, mucho mejor ¿Para qué esperar?” Estas son frases que van corrompiendo el corazón de los adolescentes y jóvenes en nuestros días, haciéndose patente así que la cultura epicúrea (cultura del placer) ha ganado terreno. Lo lamentable es que muchos, en busca del placer, han sido atrapados por las más crueles cadenas de amargura; varios han accedido a tener relaciones sexuales a temprana edad, por la presión

de sus compañeros, y no porque lo desearan realmente. Es triste escuchar el testimonio de jóvenes y adolescentes que han arruinado sus vidas al dejarse llevar por la corriente del mundo. Y tal como se mencionó en la edición anterior de esta revista, en cuanto a la prevención, es mejor tratar de poner cercas en el borde de un acantilado, que poner ambulancias en el fondo. Por eso, es indispensable recordar lo que la Biblia habla en cuanto a la virginidad y la pureza sexual, porque, lastimosamente, se ha permitido que, en asuntos de la sexualidad, los jóvenes sean instruidos por la sociedad, y no se hace énfasis en lo que las Escrituras dicen al respecto.

Es natural que en la juventud existan dudas sobre estos temas, pero pocos acuden en busca de un consejo que pueda ser confiable; sus fuentes de instrucción no son las más apropiadas. Ejemplo de esto es la encuesta realizada por la revista “Semana” a un grupo de jóvenes, donde a la pregunta: “¿Cuál es su principal fuente de orientación en asuntos sexuales?”, el mayor número de encuestados respondió que “sus amigos”, lo cual es alarmante, pues ¿cómo un joven falto de sabiduría va a poder guiar a otro por el camino correcto?

El engaño del “amor libre”

“Disfruta la vida. Vive, y deja vivir”, es una de las frases más escuchadas en nuestra época. Con dicha frase, la sociedad hace un llamado a una supuesta “tolerancia”; y a cualquiera que quiera mostrar el camino correcto se le llamará intolerante. En el libro “¿Por qué esperar?” del apologista cristiano Josh McDowell, se expone el engaño del llamado “amor libre”, ya que muchos aseguran que no se produce

ningún daño en la sociedad el llevar una vida sexual activa sin ningún tipo de restricciones; que el acto sexual es algo íntimo de cada persona y no hay por qué inmiscuirse en la vida de los demás, y mucho menos en esta área que pareciera ser algo tan privado; pero esto no es así. El llamado “amor libre” es algo costoso, que no sólo involucra a quienes practican el sexo ilícitamente, sino que involucra a la nación, dado que son altos los costos que debe cargar una nación por el número elevado de personas que contraen enfermedades de transmisión sexual (ETS). Otro ejemplo es la gran cantidad de dinero que invierte la nación para promover abortos y métodos de planificación familiar. Si fuera cierto que el sexo ilícito es algo personal, y que no debemos señalarlo o condenarlo, ¿por qué entonces nuestras contribuciones son destinadas a pagar las consecuencias que todo esto acarrea?

Al respecto, el autor en el libro “¿Por qué esperar?” dice: “Irónicamente, muchos grupos que piden fondos públicos para abortos, y piden ayuda social para enfermos de “venéreas”, son los mismos que defienden el absoluto derecho a la libertad sexual sin límites detrás de puertas cerradas. Su posición es una grosera contradicción filosófica. ¡El sexo no es un acto privado! No, cuando personas practican libertinaje sexual detrás de puertas cerradas, pero después quieren puertas abiertas para que el gobierno gaste millones de dólares en la investigación del SIDA. No, cuando las adolescentes quedan embarazadas detrás de puertas cerradas, y luego pasan el costo de su embarazo y de sus hijos a los contribuyentes”. (Josh McDowell y Dick Day).

Consecuencias de las relaciones sexuales prematrimoniales

“El regalo que me dejaron las relaciones prematrimoniales fue miedo... y una vestidura de vergüenza que me cubrió totalmente. Me quitó la paz de la mente, y me robó la esperanza de un futuro brillante. Esas relaciones destrozaron mi concentración en las clases y la hizo añicos. Redujo a polvo mi deseo de participar en actividades de la iglesia. Convirtió en migajas la confianza que había tenido en Cristo... y en todo ser humano. Ello me causó una profunda herida en el corazón, que hoy, siete años después, todavía está cicatrizando”.

“Tengo trece años y he arruinado mi vida. Yo creía que Mike me amaba realmente, pero anoche tuve relaciones sexuales con él, y esta mañana él le dijo a una amiga mía que no deseaba verme nunca más. Yo pensé que dándole a Mike lo que él deseaba, lo haría feliz y aumentaría su amor por mí. ¿Y si salgo embarazada? ¿Qué voy a hacer? Me siento muy sola y confundida. No puedo hablar a mis padres. Por favor contésteme y dígame algo que me ayude. No sé qué hacer”.

“Cuando estaba en el grado 12 estuve saliendo con un muchacho; por mucho tiempo pasábamos largo tiempo solos, y como resultado, nuestras relaciones se hicieron más íntimas. Me sentí culpable, amargada, frustrada y sucia. A causa de estos sentimientos adquirí el valor suficiente para decirle: “Tenemos que parar esto, o por lo menos, no hacerlo tan seguido”. Tratamos de hacerlo menos, pero eso no funcionó. En vez de estar más cerca el uno del otro, empezamos a

apartarnos. Después de dos años yo le dije: “No más sexo”. Entonces él me dijo: “Adiós”. Desde entonces, cada vez que establezco relación con algún muchacho por un tiempo, el sexo viene a ser una parte de esa relación. Mis lágrimas vuelven a rodar de nuevo, porque sé que he fallado otra vez”.

“Tenía apenas 18 años y era virgen todavía. Nunca deseaba “hacerlo”. Estaba muy enamorada, sí, o pensaba que era así, de un hombre muy interesante del colegio. De vez en cuando él me mencionaba que nunca había conocido una chica que dijera tantas veces que no. Después de un tiempo, mis defensas se aflojaron, y desde entonces ya no tenía razón para decir que no. Decidí que lo haría sólo para demostrar mi amor por él, pero no porque realmente deseara hacerlo. No podía racionalizar en mi propia mente el por qué no tener relaciones sexuales. Entonces cedí a la presión, porque decir sí era más fácil que decir no, y tratar de explicar por qué”.

Los anteriores son algunos testimonios de jóvenes que han escrito al reconocido apologista cristiano antes citado, Josh McDowell; éste y Dick Day han trabajado juntos para dar una orientación bíblica en asuntos sexuales a jóvenes cristianos. Se puede afirmar que muchos de estos casos no están lejos de ser la historia de vida de varios jóvenes cristianos en nuestras iglesias locales. La presión de la sociedad para iniciar la actividad sexual parece no respetar fronteras, y ha llevado cautivos a multitud de jóvenes del mundo y, peor aún, ha hallado cabida en nuestros círculos cristianos. Es lamentable ver hijos de parejas piadosas cargando la amargura y vergüenza que traen las relaciones sexuales premaritales.

En busca de una respuesta

Los jóvenes están en constante contacto con los medios de comunicación. El fácil acceso a las redes sociales ha aumentado el flujo de todo tipo de información. Lo que es bíblicamente correcto, hoy es visto como algo arcaico y anticuado. Las relaciones sexuales premaritales son lo común y “normal” para nuestra cultura moderna. Siempre que se quiere hablar de castidad hasta el matrimonio, los jóvenes parecen no hallar ninguna razón suficiente para considerar esto como la opción más adecuada. Los medios de comunicación, la música y las redes sociales han presentado las relaciones sexuales siempre con una connotación de inmediatez, sin ningún preámbulo ni compromiso: “Touch and go” (“toca y vete”), tal como es puesto en algunos anuncios vacacionales de verano, ya que se espera que las relaciones sexuales ocasionales aumenten durante esta época del año, y con todo este estímulo sexual que nos rodea, que siempre ofrece sólo una cara de la moneda, ocultando la realidad funesta que trae consigo este tipo de relaciones. ¿Por qué esperar hasta el matrimonio para poder gozar del placer sexual? Es la pregunta para la cual pareciera no haber una respuesta suficientemente sólida que ayude a nuestros jóvenes a soportar la presión de la sociedad moderna. Las razones que promueven el iniciar la actividad sexual a temprana edad parecieran ser mayores que las que explican el por qué no hacerlo. La presión psicológica, física, emocional, la falta de información, el deseo de sentirse amado, la inseguridad, la soledad, los temores, la curiosidad, la baja moral de nuestra época, el deseo de popularidad, hogares destruidos, los deseos propios de la carne, conceptos negativos de Dios sumados a la rebeldía de corazón, y muchas

otras razones, son las que empujan a nuestros jóvenes a destruir sus vidas con las relaciones sexuales premaritales.

Algunas razones para esperar

El exceso de confianza hace que muchos jóvenes entren en las relaciones sexuales premaritales, acarreándose problemas de por vida. Muchos han sido contagiados de alguna enfermedad sexual; las jóvenes han tenido que llevar la carga de ser madres solteras, y otras llevan en su conciencia las terribles consecuencias del aborto. En su necedad, han ignorado lo que las Escrituras señalan en cuanto al sexo. A los cristianos conservadores se les tilda de ser personas exageradas, que toman las cosas demasiado en serio, que el sexo es un deseo que debe ser satisfecho. No obstante, ignoran por completo los terribles resultados que acarrea el sexo ilícito sin tener en cuenta los parámetros bíblicos; sus consecuencias son devastadoras y, una vez echadas a andar, no hay vuelta atrás.

Parámetros de protección

Dios ha dejado mandamientos en Su Palabra, aunque algunas personas dicen que estos mandamientos muestran a un Dios “amargado, que odia que el ser humano disfrute”, pero es todo lo contrario. Los mandamientos que Dios ha dado son como una cerca al borde de un precipicio, la cual evita el sufrir terribles daños. Lo que Dios ha establecido en Su Palabra, en cuanto a la vida sexual del ser humano, es para protegerle de daños físicos, psicológicos, y con consecuencias eternas.

En cuanto a los daños físicos: El mayor problema al que parecieran enfrentarse los jóvenes que inician las relaciones sexuales premaritales es el embarazo no deseado, pero ignoran la cantidad de enfermedades de transmisión sexual que van en aumento, y a las cuales se exponen, pues las estadísticas demuestran que los mayores contagios de enfermedades de transmisión sexual se encuentran en el rango de edades entre 15 y 30 años (90% de los contagios). Esta es la época del fácil acceso a los métodos anticonceptivos, pero se ignora un riesgo mayor. Dios, al establecer el matrimonio monógamo entre un hombre y una mujer en la etapa de madurez, está guardándoles de todas estas enfermedades que traen daños sobre sus cuerpos.

“En un boletín reciente del Centro para Control de Enfermedades de los Estados Unidos, se dice que el único método seguro para no contraer enfermedades venéreas es que un hombre monógamo entre en una relación monógama con una mujer también monógama. No hay otro método más seguro... si todo el mundo practicara la monogamia, las enfermedades venéreas serían desconocidas”. (Josh McDowell).

Razones espirituales para esperar

Dios ha establecido sabiamente los parámetros sexuales para sus hijos, y el no seguir estos parámetros tal como Dios los ha establecido, ubica a la persona en una posición de rebeldía, lo cual acarrea graves consecuencias. Aquel que se ha unido a Cristo, un espíritu es con Él (1 Co. 6:17). Dios nos ha hecho Sus hijos por medio del sacrificio de Cristo, y ha permitido que seamos participes de la comunión con Él,

siendo evidente que todo tipo de pecado nos llevará a alejarnos de Él, además de traer serias consecuencias sobre nuestra vida. Cuando nosotros cedemos al pecado sexual, estamos haciendo de él nuestro ídolo, dándole la espalda a Dios, y no podemos ignorar que las Escrituras señalan claramente que Dios juzgará a los fornicarios. ¿Por qué entonces queremos contristar a Dios por un momento de placer ilícito, trayendo el juicio de Dios sobre nuestras vidas? Y no es que seamos juzgados porque Dios sea demasiado severo, sino porque Él es un Juez Justo.

Razones emocionales

Las relaciones rotas son una de las causas de mayor tristeza para el corazón. ¡Cuántos dolores nos ahorraríamos si tan sólo esperáramos a la persona correcta para compartir nuestras vidas! Pero el sentido de soledad impulsa al hombre a buscar compañía, y así se vuelve su vida un círculo de relaciones equivocadas, que van haciendo más grande el vacío en su corazón. Es difícil encontrar gozo y satisfacción en el sexo sin compromiso ni amor. La promiscuidad evidencia la carencia de satisfacción personal, la cual llevará a la persona siempre a actuar, en lugar de disfrutar de la intimidad sexual, tal como lo describe Josh McDowell, citando a Debora Phillips, de su libro “Confidencia sexual”: “Debido al sexo al instante, típico de la revolución sexual, la gente actúa en lugar de hacer el amor. Muchas mujeres no pueden obtener un sentido de intimidad, y su ansiedad acerca de la forma cómo realizan el acto, bloquea la oportunidad de una excitación honesta. Sin un involucramiento genuino, no tienen oportunidad para el noviazgo, romance, o amor. Se sienten

engañadas y usadas”. En contraposición, podemos ver el gozo de las relaciones sexuales en el vínculo matrimonial entre un hombre y una mujer, donde el principal fundamento es el amor, donde hay confianza, respeto y pasión. ¡Qué difícil resultará cosechar un matrimonio estable y confiable cuando se ha incurrido en una larga lista de relaciones premaritales, destruyendo así las emociones!

Parámetros sexuales establecidos en la Palabra de Dios

La Biblia establece parámetros para todas las áreas de nuestra vida. En ella podemos encontrar el consejo más acertado - aunque muchas veces no es el que queremos oír -, y podemos confiar en que eso es lo más seguro para nosotros. Las Escrituras nos muestran cómo se debe practicar la sexualidad y en qué etapa de la vida se debe hacer. Nos muestran que es algo que Dios mismo creó para el disfrute del ser humano en el matrimonio entre un hombre y una mujer. En el libro del Génesis podemos encontrar cómo el sexo le fue dado a Adán y a Eva como una muestra de la bondad de Dios, y no como una consecuencia de la caída (como algunos han querido afirmar). Dios bendijo al hombre y a la mujer, y les dijo que se multiplicaran y fructificaran (Gn. 1:28), disfrutando la sexualidad en el vínculo matrimonial. Dios es glorificado cuando nosotros disfrutamos del regalo del sexo dentro de lo establecido por Él.

“Una pareja paciente, que saben que están en la voluntad de Dios y desean alcanzar los propósitos de Dios juntamente, pueden experimentar la plenitud del sexo en su ambiente

apropiado: el matrimonio. El sexo puede unir a las dos personas, ser un tiempo de éxtasis y placer, y resultar en un niño que será amado”. (Josh McDowell).

Algunas ayudas para soportar la presión

Hay una batalla que librar frente a una sociedad saturada de sexualidad. Es nuestro deber proveer algunas ayudas a los jóvenes cristianos que están combatiendo contra la presión de la sociedad y de su carne. Ya hemos visto las terribles consecuencias que trae consigo el sexo premarital, y también algunas razones por las cuales se debe esperar el momento del matrimonio para poder gozar del placer sexual. Ahora veremos cómo podemos soportar ante la presión. Debemos tener fuertes convicciones en nuestras creencias y un concepto correcto de lo que las Escrituras declaran en cuanto a Dios; es difícil poder tener fuertes convicciones cuando no hay un concepto correcto de quién es Dios; las Escrituras exponen la Santidad, la Omnipresencia de Dios y todos Sus atributos, pero al no tener claro esto, nuestras convicciones no son muy sólidas. En la mayoría de los círculos cristianos modernos se muestra a un Dios débil y que no aborrece el pecado; mientras esto no cambie, las personas serán arrastradas fácilmente por la corriente del mundo.

Debemos establecer amistades que nos ayuden en nuestra vida espiritual. Va a ser más fácil soportar la presión de la sociedad si estamos rodeados de personas que comparten nuestras mismas convicciones de santidad y pureza: “*Dos son mejores que uno*” (Ec. 4:9); así podremos hacer frente a la burla que seguramente vendrá sobre nosotros, sabiendo que no es-

tamos solos en esto, sino que también hay muchos otros que están firmes en sus convicciones.

No debemos empezar ningún tipo de relación sentimental si no hemos alcanzado la madurez necesaria para la etapa del matrimonio. Debemos buscar el consejo de nuestros padres, pastores y líderes. No debemos apresurarnos; el matrimonio es algo serio, que no debemos tomar a la ligera, simplemente para satisfacer el deseo sexual. Debemos tomar en cuenta todo lo que esto conlleva: la madurez necesaria para poder hacerse cargo de un hogar en todos los aspectos (económicos, emocionales y espirituales).

También es bueno tomar precauciones y evitar cualquier situación que pueda colocarnos en ocasión de tentación; por lo tanto, debemos evitar estar a solas con personas del sexo opuesto; asimismo evitar conversaciones comprometedoras, y también detalles que puedan despertar emociones sentimentales en la otra persona.

Un asunto también de los padres

Si bien es cierto que los jóvenes creen que son personas autónomas que pueden tomar decisiones por sí solos, es deber de sus padres guiarlos en todas las etapas de sus vidas, y así evitar que ellos tomen decisiones equivocadas. Los padres deben hablar de la sexualidad a sus hijos, enseñarles lo que las Escrituras hablan en cuanto a este asunto; deben informarse del estado de la sociedad, y construir una relación de amistad con los hijos, y ganar su confianza. Como se mencionó antes, en asuntos de sexualidad, la principal fuente de información

de los jóvenes son sus compañeros; esto no debería ser así, ya que Dios ha puesto a los padres como sacerdotes del hogar para guiar a sus familias en todas las áreas. ¡Qué bendición va a ser el día en que, como padres, podamos entregar a nuestras hijas e hijos en el altar del matrimonio, habiéndolos guiado en el camino de la santidad y la pureza!

Palabras de restauración

Puede que haya lamento por parte de algunos que tal vez creen que escuchan esto demasiado tarde, y que las consecuencias de las relaciones premaritales ya los han alcanzado. Pero Dios siempre ofrece una vía de restauración a todos aquellos que se acercan a Él por medio de la fe en el Señor Jesucristo. Esto lo puedo decir por experiencia propia, pues luego de haber vivido una vida de disolución, entregado a los placeres del mundo, y sin obtener ningún beneficio, por la gracia de Dios, pude conocer al Señor Jesucristo, y Él me dio la capacidad para apartarme de todo pecado de fornicación, y poder experimentar el gozo de la comunión con Él.

Después de un tiempo, Dios, en Su gracia, quiso darme una compañera, con quien ahora disfruto los beneficios del matrimonio conforme a Su voluntad. Es por esto que animo a todo aquel que esté atado al falso placer de las relaciones sexuales premaritales, a apartarse de ellas y poner su confianza en Cristo, pues Él es poderoso para ayudarnos en todas nuestras debilidades y hacer que podamos experimentar el verdadero gozo que Dios ha preparado para aquellos que le aman.

“El sexo fuera del matrimonio no puede agradar a Dios porque va en contra de Su mandamiento y propósito; aun así, como expresión de nuestra depravación, aseveró Flavel, vivimos creyendo que no hay fruto más dulce para la naturaleza corrupta que la fruta prohibida”. (Mark Dever)

“Ningún pecado desfigura con mayor eficiencia la imagen de la santidad de Dios en el alma, que la impureza, y ningún pecado es más detestable ante los ojos del Dios santo y puro”. (Matthew Henry)

Andrés Rodríguez

.....

“Dios sabe qué es la piedad porque Él la creó, Él la sostiene, está comprometido a perfeccionarla y se deleita en ella. ¿Qué importa si usted es comprendido o no por los demás, siempre y cuando sea comprendido por Dios? Si Él conoce esta oración secreta suya, no trate de que otros también la comprendan. Si sus motivaciones son discernidas en el Cielo, no le importe si lo son o no en la Tierra. Si sus designios —los grandes principios que lo mueven— son tales que se atreve a hacerlos su alegato en el Día del Juicio, no necesita detenerse y defenderlos ante una generación burlona y mordaz. Sea piadoso, y no tema. Y si lo malinterpretan, recuerde que su personalidad ha muerto y se encuentra sepultada entre los hombres, y habrá “una resurrección de las reputaciones”, al igual que de los cuerpos. Por lo tanto, no tema poseer esta personalidad peculiar, porque aunque se malentiende en la Tierra, se entiende bien en el Cielo.”

Charles Spurgeon

MARIDOS, AMAD A VUESTRAS MUJERES

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella...” (Efesios 5:25)

La Biblia nos enseña que Dios creó al hombre con el propósito de que éste fuera conformado a Su imagen y participara así de la comunión eterna del Padre con el Hijo, por el Espíritu. El hombre, entonces, siendo portador de la vida y carácter de Dios, y conociéndole en íntima comunión, debería señorear y representar fielmente al Creador mismo -siguiendo en obediencia las disposiciones de la voluntad divina-, y expresar en todo momento las virtudes propias de la vida eterna, llegando a establecer, en medio de la creación, el Reino de Dios, en el cual Su Hijo tiene toda autoridad y preeminencia.

Este propósito divino para con el hombre es el sentido real de nuestra existencia y, por tanto, trasciende a todos los aspectos de nuestra vida como hijos de Dios. El Señor nos concede así la posibilidad de llegar a ser padres, hijos, amos, siervos, esposos, y esto es porque Él mismo es también Padre, Hijo, Amo, Siervo, Esposo, y espera que en todas estas esferas de nuestra vida podamos conocer Su corazón de una manera más profunda, y podamos representarle fielmente, y establecer Su Reino, cumpliendo el propósito eterno de someter todas las cosas a los pies de Su Hijo amado.

Representantes de Dios

Como hijos de Dios, debemos entender que el matrimonio es el escenario en el cual el Señor nos ha puesto para que podamos llegar a comprender y experimentar, de una manera más profunda, Su corazón como Esposo de Su amada Iglesia. El matrimonio es la relación en la cual Él tratará nuestra vida y moldeará nuestro carácter hasta el punto en que podamos expresar el amor divino, y es también un espacio más en el que Él quiere ser representado fielmente por Sus hijos.

Teniendo el anterior propósito como base, se puede entender que en el versículo citado en el encabezado, se tiene mucho más que un mero romanticismo humano, más que sólo un mandamiento, pues en este verso el Señor nos está revelando, por Su Palabra, la manera en que Él mismo espera ser representado por todos aquellos que hemos recibido la bendición de contar con una esposa como compañera, y nos enseña que el atributo principal que Él está queriendo expresar, al concedernos esta gracia, es, sin duda alguna, Su amor. Es necesario entonces que, como esposos creyentes, podamos comprender, con la ayuda del Señor, el calibre del amor que Él quiere que lleguemos a expresar hacia nuestras esposas, pues tenemos la responsabilidad de representarle a Él con este atributo divino en el seno de nuestra propia familia.

El amor natural no es suficiente

Iniciaremos mencionando que, al tratarse de una expresión divina, el amor al que este verso hace referencia es una clase de amor que sobrepasa la mera atracción física que podamos

sentir por nuestro cónyuge (amor *eros*), y también va más allá del sentimiento afectivo de nuestra alma (amor *phileo*), para lo cual sería suficiente nuestra capacidad humana. El amor que el Señor espera que podamos manifestar en nuestro papel como esposos es el amor que proviene de la misma naturaleza divina (amor *ágape*), que es expresado en el seno de la Trinidad, y que se ha manifestado a nosotros, de la manera más práctica posible, por el Señor Jesucristo, al entregarse a Sí mismo en la cruz del Calvario por Su amada Iglesia, y que se presenta en este pasaje como el modelo establecido por Dios a seguir para con nuestras esposas.

Esta clase de amor es el que la Palabra del Señor nos enseña en 1ª de Corintios 13, el amor que no depende de la variabilidad de nuestros gustos físicos, los cuales son vanos y pasajeros, ni tampoco de la fluctuación de los sentimientos y emociones de nuestra alma, que busca siempre guardar nuestros intereses, orgullos y egoísmos. Por el contrario, es un amor que no está centrado en nosotros mismos, por lo que no busca lo de nosotros mismos, sino que está dispuesto a sufrirlo todo y a negarse a sí mismo por el beneficio de aquel (o aquella) a quien se ama, que espera y soporta pacientemente cualquier deficiencia de nuestro ser amado hasta que éste sea perfeccionado. Este es el amor que se corresponde con la misma esencia de Dios (1 Juan 4:8), y que el Señor Jesucristo ha manifestado por Su Iglesia, amándonos, a pesar de nuestra pecaminosidad, infidelidad y rebeldía, despojándose a Sí mismo al tomar forma de siervo, derramando Su vida en la cruz, y ahora esperando pacientemente hasta que Su amada sea perfeccionada.

En la medida en que el Espíritu nos revela este amor de Cristo para con Su iglesia, y lo vamos contrastando con los modelos totalmente distorsionados que el mundo quiere imponernos hoy para nuestros matrimonios, o incluso con el amor más sincero posible que cualquier hombre haya podido manifestar, pero limitado a la capacidad humana de amar, podemos comprobar cuán deficientes somos para llegar a amar a nuestras esposas de la manera en que Cristo amó a Su iglesia, y evidenciamos entonces que el amor que el Señor espera que manifestemos a nuestras esposas sea totalmente contrario a nuestra naturaleza humana caída y, por tanto, necesitamos definitivamente de la provisión de Dios en nuestras vidas para que podamos llegar a amar de esta misma manera.

La buena noticia es que la Palabra de Dios declara que todos aquellos que han sido redimidos por la fe en el Hijo de Dios, han llegado a ser participantes del Espíritu Santo y, por tanto, cuentan ya con la provisión necesaria para poder manifestar el amor legítimo, pues el amor de Dios ha sido derramado en sus corazones por el Espíritu Santo que les fue dado (Romanos 5:5). Todo creyente debe conocer y tener la certeza de que ha recibido de parte de Dios, en su espíritu, la vida victoriosa de Cristo, esa misma vida que tiene la capacidad de amar de la manera en que Cristo ama a Su Iglesia, y que al estar ahora en nosotros nos capacita también para poder expresar ese amor para con nuestras esposas.

El amor legítimo requiere el tratamiento de nuestra alma

Ahora bien, debemos comprender que además de la provisión ya recibida en nuestro espíritu, el Señor deberá seguir obrando en nuestra vida hasta alcanzar el perfeccionamiento también de nuestra alma, por lo que, como hijos de Dios, debemos ser conscientes de la necesidad del tratamiento del Señor ahora en nuestra alma, y saber que, con toda seguridad, nuestro ser deberá ahora ser quebrantado para que ese depósito del amor divino que está contenido en nuestro espíritu, revista también a nuestra alma (sentimientos, emociones y voluntad). Por tanto, el llegar a manifestar el mismo amor de Cristo por Su Iglesia requiere - además de la provisión ya recibida en nuestro espíritu - de la formación del carácter de Cristo en nuestra alma, y ese carácter de Cristo se corresponde con Su santidad, misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, paciencia y longanimidad, con las cuales nosotros debemos ahora revestirnos (Colosenses 3:12-14). El amor con el cual el Señor espera que amemos a nuestras esposas no es, por tanto, un amor vacío en su interior, sino que es un amor que contiene el carácter de Cristo y, por tanto, al expresarse manifiesta el perdón, la misericordia, la humildad, la paciencia, y la mansedumbre de Cristo, para lo cual deberemos antes entregar nuestra vida, tomar la cruz cada día y negarnos a nosotros mismos por amor, así como Cristo amó a Su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella.

Habiendo comprendido de una mejor manera el amor al que se refiere este pasaje de las Escrituras, y el tratamiento requerido en nuestras almas para poder expresarlo,

tendremos, con la ayuda del Señor, un mejor entendimiento de los asuntos que consideramos más prácticos en la relación con nuestras esposas.

Amar primero

En primer lugar, podríamos mencionar que la responsabilidad de manifestar este amor en la relación matrimonial fue delegada claramente por Dios a nosotros como esposos. Es verdad que para las esposas el Señor también revela Su voluntad al pedirles a ellas que se sujeten a sus esposos en obediencia, lo cual también manifiesta un atributo de la naturaleza divina; pero en ningún caso la responsabilidad de los varones, como esposos, de amar a sus esposas, deberá depender del hecho de que ellas se sujeten primero en obediencia a la autoridad delegada por el Señor al esposo. Es muy común que queramos esconder nuestra deficiencia en amar a nuestras esposas, excusándonos en el hecho de que quizás ellas aún no se sujetan como nosotros quisiéramos. Sin embargo, esta posición por parte nuestra como esposos, es sólo un escondite para preservar nuestro orgullo e intereses personales. Debemos recordar que el amor expresado por Cristo para con Su Iglesia consiste justamente en que Él nos amó primero (1 Juan 4:10), no esperando que Su Iglesia se sujetara en perfección a Su voluntad para entonces sí amarnos. En cambio, la manera en que Cristo ha ganado nuestra sujeción y obediencia es justamente manifestando en todo tiempo Su amor para con nosotros, lo cual ciertamente constriñe nuestros corazones, y nos lleva a entregarnos plenamente a Su voluntad, y a vivir para aquel que murió por nosotros (2 Corintios 5:14-15). Si como esposos pudiéramos ser fieles al

Señor, y nos dispusiéramos para que con Su ayuda podamos amar a nuestras esposas de una mejor manera, ciertamente el Señor también les ayudaría a ellas a sujetarse voluntariamente en obediencia al percibir el amor de Dios expresado a través de nosotros.

Participantes en el Perfeccionamiento

De la misma manera, somos también constantemente llevados por nuestra naturaleza a buscar las deficiencias que pudiéramos encontrar en nuestras esposas, para con esto justificar así nuestra falta en la manifestación de amor para con ellas. Sin embargo, el Señor nos enseña que Él se entregó a Sí mismo por Su Iglesia para santificarla y purificarla, para luego presentársela a Sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha y sin arruga, una Iglesia santa (Efesios 5:25-27). Resulta evidente que el amor por nuestras esposas trae consigo una disposición para esperar pacientemente, mientras que ellas van siendo ayudadas por el Señor y avanzan hacia la santificación y perfeccionamiento, de la misma manera que ocurre también con nosotros como esposos. Esta espera paciente es una manifestación preciosa del Señor para con Su amada Iglesia, y deberá serlo también en nuestra manifestación de amor para con nuestras esposas. El amor legítimo cubrirá entonces toda deficiencia que pudiéramos encontrar en ellas, y nos capacitará para perdonar cualquier posible falta con toda misericordia, longanimidad y paciencia.

Aún más, este pasaje nos deja ver que, en alguna medida, nosotros como esposos somos participantes de la santificación y perfeccionamiento de aquella a quien el Señor

ha puesto a nuestro lado, así como el Señor lo hace también para con Su Iglesia, pues es Él mismo quien la perfecciona. De esta manera, el amor nos llevará entonces a que, como esposos, podamos disponernos para ser instrumentos del Señor y cooperar con Él en el perfeccionamiento y santificación de nuestras esposas. Es así como la primera persona en ser bendecida por nuestro servicio y ministerio para el Señor, debería ser, sin duda alguna, nuestra propia esposa. Deberíamos entonces ocuparnos en que ellas puedan recibir nuestro consejo, pastoreo, enseñanza de la Palabra, oraciones, compañía y consuelo. Muchas de las deficiencias que constantemente encontramos en nuestras esposas, seguramente podrían llegar a ser tratadas por el Señor si nosotros, como esposos, nos dispusiéramos a servirles a ellas de esta manera. Resultaría extraño que algunos de nosotros llegásemos a ser reconocidos por nuestro servicio para con otros en medio de la Iglesia, mientras en casa nuestras propias esposas carecen de nuestro cuidado y ayuda espiritual.

Amándolas como a nuestros propios cuerpos

Otro aspecto para resaltar es lo mencionado en este mismo pasaje de la epístola a los Efesios, en el sentido de que los esposos creyentes deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos (Efesios 5:28-30). La figura del cuerpo en este pasaje nos lleva a comprender que, así como nosotros cuidamos de nuestro cuerpo físico, lo alimentamos, lo cubrimos, ejercitamos, y aliviarnos de cualquier tipo de dolor o necesidad, de la misma manera deberíamos expresar estos mismos cuidados para con nuestras esposas. Nuestro amor para con ellas debería expresarse constantemente en el

sustento y cuidado físico y emocional que tengamos para con nuestras esposas. Nuestra responsabilidad entonces, como esposos, para amarlas de la manera en que Cristo amó a Su Iglesia, incluye también el suplir para todas las necesidades de nuestra esposa, desde las más básicas, como alimentación, vivienda, vestido, y todo tipo de cuidado físico, hasta todo aquello en lo que el Señor nos conceda proveerles para su bienestar emocional.

Es muy común hoy en día que los varones confundan su falta de responsabilidad y diligencia para trabajar y proveer para las necesidades de su esposa e hijos -y cumplir así esta expresión del amor legítimo-, con una falsa apariencia de espiritualidad. Es verdad que el Señor puede guiar a algunos de Sus hijos para servirle, apartándolos de sus trabajos cotidianos, lo cual es legítimo y, de hecho, necesario para que la Obra del Señor avance, pero aún en estos casos podremos evidenciar si esa es una dirección legítima del Señor por el hecho de que en sus hogares jamás faltará la provisión adecuada y suficiente para vivir dignamente y proveer a sus familias de todo lo necesario.

Por otra parte, todos sabemos que si, por ejemplo, exponemos nuestros cuerpos a un clima de frío extremo, seguramente nos enfermaríamos y, por lo tanto, procuraríamos cubrir al máximo nuestro cuerpo para evitar afectarlo. De la misma manera, deberíamos ser cuidadosos en no someter a nuestra esposa a situaciones o ambientes en los cuales ella pueda resultar afectada. Muchos matrimonios han llegado a destruirse a causa de que los esposos han sometido a sus esposas a situaciones de soledad extrema, cargas desmedidas,

ambientes de humillación, entre otras. Debemos, pues, cuidar y sustentar a nuestras esposas como a nuestros propios cuerpos.

Implicaciones

Por último, deberíamos comprender, con la ayuda de Señor, que el poder cumplir con nuestra responsabilidad de amar de la manera adecuada a nuestras esposas, traerá consigo implicaciones muy relevantes para el desarrollo del propósito de Dios, tanto en nuestras propias vidas, como en las de nuestros hermanos, y también en la edificación de la Iglesia del Señor.

En relación con nuestra vida personal, la Palabra de Dios nos enseña, en 1ª Pedro 3:7, que las oraciones de los hombres casados pueden llegar a ser estorbadas por causa de la deficiencia que podamos tener en el trato para con nuestras esposas. Es posible que muchas de las peticiones que hagamos al Señor en nuestras oraciones no lleguen a ser contestadas por Él, hasta tanto no nos dispongamos a perfeccionar el amor y cuidado para con nuestras esposas. Los creyentes casados debemos considerar la importancia de este aspecto, pues puede llegar a ser un gran obstáculo para el avance del propósito de Dios en nuestras propias vidas.

Asimismo, el gobernar bien nuestras casas, lo cual sin duda incluye el amar a nuestras esposas, es presentado en 1ª Timoteo 3, como uno de los requisitos de parte de Dios para que Él pueda delegarnos, en Su gracia, un mayor grado de servicio y autoridad en medio de Su Iglesia. Por tanto,

el avance en la edificación de la Iglesia, así como la eficacia de nuestro ministerio en el Cuerpo de Cristo, dependerán en gran medida de nuestra fidelidad para con el Señor en esta tarea que hemos recibido como esposos. Es evidente que dondequiera que el Señor encuentre hombres fieles en el gobierno, cuidado y amor para con sus esposas e hijos, encontrará un terreno adecuado para avanzar en el testimonio y edificación de Su Iglesia.

Por último, quisiéramos que los hermanos más jóvenes, que esperan recibir del Señor la gracia de llegar a tener una esposa como compañera, pudieran experimentar la gran bendición que Dios nos concede a través de ellas con su ayuda, cuidado, consuelo, consejo y compañía y, al mismo tiempo, pudieran considerar la gran responsabilidad que tendrán al recibir este regalo de parte del Señor, y así disponerse a ser enseñados por el Espíritu Santo para cumplir con esta labor. El poder tener a nuestro lado a una hija de Dios como esposa, para expresar junto a ella el amor de Cristo por Su Iglesia, es una de las mayores bendiciones que podamos tener como hijos de Dios y, al mismo tiempo, es un asunto de la mayor seriedad.

Es nuestro deseo que el Señor Jesucristo pueda revelarnos constantemente Su amor por Su Iglesia, y que nosotros, siendo así enseñados, podamos, con la ayuda del Espíritu Santo y con plena disposición de nuestro ser, representarle fielmente en este precioso papel como esposos.

Andrés Salamanca

¡MANIFIESTEN A CRISTO!

“Mis hermanos, les exhorto que sean como Cristo en todo momento, imítelo en público. La mayoría vivimos como si fuéramos un medio de publicidad; muchos somos llamados a trabajar en presencia de otros todos los días. Somos observados, nuestras palabras son captadas, nuestras vidas son examinadas a fondo. El mundo con ojos de águila, con ojos que buscan argumentos para discutir, observa todo lo que hacemos, y los críticos cortantes nos atacan. Vivamos la vida de Cristo en público. Seamos cuidadosos de mostrar a nuestro Señor, y no a nosotros mismos, a fin de poder decir: “... *ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...*” Manifiesten, pues, el Espíritu de Cristo en sus iglesias y donde quiera que estén. Que sus hermanos en la iglesia digan de ustedes: “Ha estado con Jesús”... Pero, por sobre todas las cosas, sean ustedes cuidadosos en practicar su religión en sus hogares. Un hogar religioso es la mejor prueba de verdadera piedad. No mi capilla, sino mi hogar; no mi pastor, sino mi familia, quien mejor me puede juzgar. Es el sirviente, el hijo, la esposa, el amigo, los que pueden discernir mejor mi verdadero carácter. Un hombre bueno mejora su hogar. Rowland Hill dijo en cierta ocasión que él no creería que un hombre fuera un verdadero cristiano si su esposa, sus hijos, sus sirvientes, y aun su perro y su gato, no fueran mejores por ello... Si su hogar no es mejor por ser ustedes cristianos, si los hombres no pueden decir: “Esta casa es mejor que otras”, no se engañen, no tienen ustedes nada de la gracia de Dios... Practiquen su piedad en familia. Que todos digan que ustedes tienen una religión práctica, que sea conocida y practicada en la casa, al igual que en el mundo. Cuiden su carácter allí; porque realmente somos como allí nos comportamos”.

Charles Spurgeon

DESCRIPCIÓN DE LA MUJER VIRTUOSA

Proverbios 31:10-31

Tan raro es este tesoro que se hace esta pregunta: “*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?...*” (Pr. 31:10). Abraham envió a su criado a una tierra lejana para que su amado hijo tuviera esta inestimable bendición (Gn. 24:3-4). Tal vez una razón de la rareza de este don sea que apenas se busca. Demasiado a menudo se buscan los logros, no las virtudes; las recomendaciones que provienen de lo exterior y que son secundarias, más bien que la piadosa valía interna. La pregunta también sugiere el valor del don una vez que es hallado.

Aun la porción de Adán en el estado de inocencia no estaba completa hasta que su generoso Padre le hizo una “... *ayuda idónea para él.*” (Gn. 2:18). Verdaderamente, “...*su estima sobrepasa a la de las piedras preciosas.*” Ningún tesoro es comparable a ella...

Diferentes características de una mujer virtuosa

Versículos 11-12: Ya se ha hablado acerca del valor de una mujer virtuosa; ahora se darán sus diferentes características. Las primeras líneas del retrato describen su carácter como esposa. Su fidelidad, integridad de corazón y cariñoso cumplimiento del deber hacen que “*el corazón de su marido está en*

ella confiado...” Él siente que ella tiene cuidado de su bienestar, que se aligeran sus cargas y que su mente se libera de muchas irritantes preocupaciones. Durante una obligada ausencia del hogar, él está tranquilo, habiendo dejado sus asuntos a salvo en las manos de su mujer, a la vez que está seguro de que será recibido con una alegre sonrisa. De esta manera, una mujer fiel y un esposo que confía en ella, se bendicen mutuamente. Con tal joya por mujer, el esposo no tiene ninguna falta de confianza. Su casa es el hogar de su corazón. Él no necesita estar investigando con sospechas en los asuntos que ha confiado a su mujer. Mientras él dirige en la esfera de afuera, él la anima a dirigir en la esfera de adentro. Todo se conduce con tal prudencia y economía que “...no carecerá de ganancias.” No tendrá tentación de ganancias injustas, no tendrá necesidad de dejar su hogar feliz para enriquecerse con un botín de guerra. El apego a tal mujer dura todo el tiempo de su unión - es constante y continuo -. En lugar de abusar de su confianza, ella sólo busca hacerse cada día más digna de ésta, no estando irritada ni insegura, teniendo cuidado de cómo ha de agradecer a su esposo (1 Co. 7:34). “*Le da ella bien y no mal todos los días de su vida.*”

¡Ojalá siempre fuera así! Pero mira cómo Eva, la *ayuda idónea*, se convirtió en tentadora; cómo las mujeres de Salomón apartaron su corazón; cómo Jezabel incitó a su marido a cometer abominable maldad; cómo la mujer de Job le dijo a su marido: “...*Maldice a Dios, y muérete.*” (Job 2:9). Considera la dolorosa cruz de la mujer rencillosa (Pr. 21:9; 25:24); todo esto es un terrible contraste: Les dieron mal, y no bien. Otras veces hay una mezcla de mal con el bien... Pero en este retrato, es sólo *bien y no mal*.

El bienestar de su esposo es su preocupación y su reposo

Vivir para él es su mayor felicidad. Aun si sus cuidadosas atenciones con este fin no siempre son vistas, no obstante, ella nunca albergará sospecha de indiferencia o de falta de cariño; ni acabará resentida porque se imagine que es objeto de falta de atención, ni causará una discusión agitada, con poco fundamento, por una afectada o mórbida sospecha. Este cuidado desinteresado y devoto afecto, cuando está conducido por principios cristianos, adorna muy hermosamente el santo y honorable estado del matrimonio. Si bien éste implica sujeción, no conlleva degradación. Ciertamente, no se puede desear mayor gloria que la que la dada al matrimonio, puesto que ilustra el gran misterio de Cristo y de la iglesia. (Ef. 5:32). La identidad de los intereses entre ellos es: Las pruebas de ella son las de Él; y la causa de Él, la de ella.

Los principios generales son de aplicación universal

Versículos 13-27: Este bello carácter se presenta según los usos de los tiempos antiguos, aunque los principios generales son de aplicación universal. Describe, no sólo la mujer de un hombre de alto rango, sino a una gran mujer sabia, útil y piadosa en sus responsabilidades domésticas. Es una mujer que profesa piedad, adornada “...con buenas obras...” (1 Ti. 2:10); una María no menos que una Marta... Sin embargo, una cosa sobresale. El estándar de piedad que se exhibe aquí no es el de una reclusa religiosa, apartada de las obligaciones cotidianas con la excusa de tener así una mayor santidad y

consagración a Dios. Aquí no encontramos ninguno de estos hábitos de ascetismo monástico que son ahora alabados como el punto más alto de perfección cristiana. Al menos, la mitad del retrato de la mujer virtuosa trata de su industria personal y doméstica. ¡Qué gran reprensión es esto para la autoindulgente inactividad!

Rasgos del retrato descrito de la mujer virtuosa

Pero miremos más de cerca los rasgos del retrato puesto ante nosotros. Sus hábitos personales están llenos de energía. Las labores manuales, incluso el servicio en tareas inferiores, fueron el empleo de las mujeres de alto rango en los tiempos antiguos. La abnegación aquí es un principio fundamental. La *mujer virtuosa* va delante de sus siervos en diligencia, no menos que en dignidad, no imponiéndoles nada que ella no haya tomado sobre sí, dirigiendo su casa eficientemente por el gobierno de sí misma. De esta manera, ella *busca* los materiales para trabajar. Su aguja está al servicio de su familia. En vez de una acallada murmuración tras una demanda inconveniente, ella establece el patrón de trabajar: “...*con voluntad trabaja con sus manos.*” En vez de perder el tiempo en no hacer nada mientras ellos están trabajando, ella considera que no es ninguna vergüenza ocuparse con el huso y la rueca. Trabaja temprano y tarde. “*Se levanta aun de noche...*” Al fruto de su trabajo le da un buen fin, y lo intercambia por comida traída de lejos. Su mercancía es de buena calidad; le entrega “...*tapices... lino fino y púrpura...*” a los comerciantes. Toda su alma está en su trabajo. “*Ciñe sus lomos... y esfuerza sus brazos.*” Está lista para hacer cualquier trabajo adecuado a su sexo y posición. La tierra también

recibe su debida atención. Siempre cuidadosa de los intereses de su marido, ella considera el valor de una heredad y, si es una buena adquisición, “...*la compra, y planta viña...*” para que rinda lo mejor.

Conducta de la mujer virtuosa en el hogar

De nuevo observamos su conducta como ama de casa. Y aquí también, su adoración no consiste en que dedica su tiempo a ejercicios devocionales personales (aunque ella como “*mujer que teme a Jehová*” -v. 30-, los valora debidamente), sino que, conforme al canon de la Escritura, gobierna su casa (1 Ti. 5:14), mirando cuidadosamente por sus tareas, distribuyendo tanto su comida como su trabajo en la debida proporción y a su debido tiempo; ésta es su responsabilidad. “*Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde.*” (Sal. 104:23); y el trabajo de la mujer es ser cuidadosa de su casa (Tito 2:5). Y, ciertamente, es hermoso ver cómo por su industria, abnegación y vigor, ella “*edifica su casa...*” (Pr. 14:1). “*Se levanta aún de noche...*”, no para ser admirada ni para que hablen bien de ella, sino para dar *comida a su familia*. Es sobresaliente también la delicadeza con la que ella preserva su propia esfera... “*Considera los caminos de su casa...*” tan bien, y muestra tan inagotable energía en cada área de la vida, que nadie la puede acusar de comer *el pan de balde*. En su casa, el orden es el principio de su dirección. Ni su cuidado previsor se limita sólo a los suyos. Su huso y su rueca trabajan, no sólo para ella o para su casa, sino para el pobre y el menesteroso. Y, habiendo primero derramado su alma al hambriento (Is. 58:10, RV 1909), ella abre sus manos (Dt. 15:7, 8) para abrazar a aquellos que están lejos de ella con la fuente de

su amor y, de esta manera, la bendición de los que iban a perecer viene sobre ella (Job 29:13; Hch. 9:39). Su espíritu y sus maneras son también del mismo carácter y están en plena concordancia con su profesión. La mujer piadosa, no sólo tiene la ley del amor en su corazón, sino que *“abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua.”* El mismo amor que rige su corazón gobierna su lengua. De esta manera, ciertamente, *“la mujer virtuosa es corona de su marido...”* (Pr. 12:4). *“Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra”* (Pr. 31:23), como alguien que ha sido bendecido con tesoros extraordinarios de felicidad; que tal vez debe su prosperidad a la abundancia adquirida por la dirección del hogar por parte de ella y, podría ser, como aquel que debe la preservación y establecimiento de su virtud, al ánimo proporcionado por el ejemplo y la conducta de su esposa. En cuanto a sí misma, muchas y evidentes bendiciones están sobre ella. La fuerza es la vestidura de su hombre interior. La resolución y el coraje cristianos la elevan por encima de las turbadoras dificultades. La vestidura del honor la marca con la aprobación del Señor, como su sierva fiel, la hija de Su gracia y la heredera de Su gloria.

La mujer virtuosa promueve su propio interés

Versículos 28-31: La mujer virtuosa obviamente está promoviendo su propio interés. Pues, ¿qué mayor felicidad terrenal puede conocer que la reverencia que le dispensan sus hijos y la alabanza de su marido? Podemos imaginarnos su condición: Coronada con los años, sus hijos crecidos, tal vez ellos mismos rodeados con familias y tratando de dirigirlas como ellos habían sido dirigidos. Su madre está constantemente

ante sus ojos. Su guía tierna, sus sabios consejos, su disciplina amorosa, su ejemplo santo permanecen vívidamente en sus recuerdos. Ellos no cesan de llamarla *bienaventurada* y de bendecir al Señor por ella como su inestimable don; “...y su marido también la alaba...” cariñosamente. Su apego a ella estaba basado, no en los engañosos y vanos encantos de la belleza, sino en el temor del Señor. Por tanto, ella está en sus ojos hasta el final, es la estancia de sus años de la vejez, el bálsamo de sus preocupaciones, la consejera en sus confusiones, la consoladora en sus penas, el rayo de luz de sus alegrías terrenales (Eclesiástico 1 36:23-24). Tanto los hijos como el esposo se unen en reconocimiento agradecido: “*Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas.*”

Pero nos podemos preguntar, ¿por qué las recomendaciones exteriores no forman parte de este retrato? Todo lo que está descrito es sólida excelencia. “*Engañosa es la gracia...*”, una graciosa forma y apariencia, a menudo acaban en un desengaño más amargo de lo que es posible expresar con palabras. A menudo, aquéllas encubren las más viles corrupciones. Y entonces la belleza, ¡qué vanidad pasajera es! Un ataque de enfermedad la barre (Sal. 39:11). La pena y las preocupaciones marchitan sus encantos, e incluso si permanecen, tiene poco que ver con la felicidad. Se manifiesta como la ocasión fructífera de problemas, la fuente de muchas hirientes tentaciones y trampas y, sin un principio sustancial para una mente lúcida, se convierte en un objeto de repulsión, más bien que de atracción (Pr. 11:22).

El retrato, aquí dibujado por inspiración divina, comienza con el toque de una mujer virtuosa, y completa la escena con

los trazos de una mujer que teme al Señor (31:10, 30). Por las bellas características descritas - su fidelidad a su marido, sus hábitos activos, su buena gestión y diligencia con su familia, su consideración para con las necesidades y la comodidad de los demás, su conducta cuidadosa, su ternura para con el pobre y menesteroso, su comportamiento atento y amable para con todos -, vemos que todo su carácter y gracia sólo pueden proceder de la virtud que se identifica con la piedad vital. Son los buenos frutos que muestran que el árbol es bueno (Mt. 7:17). Ellos son ese fruto que procede de un principio recto, que el corrompido tronco natural de un hombre nunca podrá producir.

Retrato ejemplar para la elección de la esposa virtuosa

¡Cuán valioso es este retrato como directriz para la elección de la esposa! Sea la virtud, y no la belleza, el objeto principal. Sea puesta, en contra de la vanidad de la belleza, la verdadera felicidad, que está relacionada con “*la mujer que teme a Jehová...*”, al Señor. Aquí está la sólida base de la felicidad. “Si - dice el obispo Beveridge - la escojo por su belleza, la amaré sólo mientras ésta continúa y, entonces, adiós de repente tanto al deber como al gozo. Pero si la amo por sus virtudes, entonces, aunque todos los demás arenosos fundamentos caigan, con todo, mi felicidad permanecerá entera”.

“De esta manera - dice Matthew Henry - cerramos este espejo para las mujeres, el cual se desea que ellas abran para vestirse según él. Y si lo hacen, su atavío será hallado para alabanza, y honor, y gloria en la manifestación de Jesucristo”.

Tomado de “*Proverbs*” (“Proverbios”), de Charles Bridges, reimpresso por The Banner of Truth Trust (Fundación “El Estandarte de la Verdad”), www.banneroftruth.org.

Charles Bridges (1794-1869)

.....

“Los hombres idolatran a las mujeres de una forma lamentable, y esto las hace vanas y orgullosas de su belleza, y más celosas de la deformación de su rostro que de su alma. Pero, ¿qué es la carne y la sangre, sino una mezcla de tierra y agua? ¿Qué es la belleza, sino una apariencia superficial, una flor condenada por un millar de accidentes? ¿Qué tan pronto desaparecen los colores y el encanto del rostro? ¡Con cuánta frecuencia delatan aquellos pecados que se castigan notablemente con la deformidad y la podredumbre más sucias! Las más hermosas no son menos mortales que las demás; pronto serán presa de la muerte y pasto de los gusanos. ¿Puede un juguete, que tan pronto se deteriora, inspirarles orgullo?”

William Bates

“He tenido muchas cosas en mis manos, y las he perdido todas; pero todas las que he puesto en manos de Dios, aún las poseo”.

Martín Lutero

¡ADORACIÓN!

“Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová...” (1 S. 1:27-28). En su tristeza, Ana había clamado al Señor por un hijo, y su pedido se había cumplido. ¿Qué respuesta a la oración supera ésta? Todo lo que pedía era este niño. No obstante, al recibir lo que anhelaba, lo devuelve todo al Dador. Al salir Samuel de sus manos, la Escritura nos dice que *“adoró allí a Jehová.”* Cuando llegue el día para mí, como le llegó a Ana, en que mi Samuel, en quien todas mis esperanzas están centradas, pase de mis manos a las manos del Señor, ese día conoceré lo que significa realmente adorarle. La adoración es consecuencia de la aplicación de la cruz, cuando Dios llega a ser todo en todos. Cuando nuestras manos son vaciadas de todo lo que nos es precioso, y nuestra mirada deja de posarse en nosotros mismos para mirar a Dios, eso es adoración”.

Watchman Nee

¡DECISIONES APRESURADAS!

“Muchas personas sufren dolorosas consecuencias porque actúan sin reflexión. El hijo pródigo fue apresurado cuando pidió al padre su herencia y salió de su casa a un país lejano. Sé cauteloso. Ora un poco más. Pide consejos a personas maduras en la fe. No actúes con ímpetu. Las mejores decisiones son aquellas que son fruto de la oración, análisis y mucha paciencia”.

Hernandes Dias Lopes

LA DEPRESIÓN Y EL CREYENTE

Siendo el gozo una parte del fruto del Espíritu (Gá. 5:22), esperaríamos disfrutar momento a momento de ese maravilloso estado emocional, desde el gozo en la conversión (Hch. 8:39), pasando por el gozo en la lectura de las Escrituras (Jer. 15:16), el gozo en la oración (Jn. 16:24), el gozo en las tribulaciones (Stg. 1:2), el gozo en el sufrimiento (Hch. 5:41), el gozo en el servicio (2 Co. 1:24) y el gozo al final del camino (He. 12:22). Pero con demasiada frecuencia e intensidad los creyentes se encuentran tristes, sombríos y abatidos.

Justin Burkholder, misionero en Guatemala, dice: “Existe la idea errónea en el mundo cristiano de que el creyente siempre tiene que estar feliz. Entramos a las reuniones de la Iglesia los domingos, y todos ponen su mejor cara de felicidad, vienen vestidos en su ropa más alegre, y aplauden, y cantan, lo cual demuestra el gozo que tienen. Sin embargo, muchos de nosotros reconocemos que lo que sentimos adentro no cuadra con lo que damos a entender por fuera. En muchos círculos cristianos existe la creencia de que es imposible para un verdadero creyente deprimirse, a menos que esté en pecado, tenga falta de fe o falta de conocimiento bíblico.

Todos nos sentimos tristes de vez en cuando; sin embargo, la enfermedad depresiva es otra cosa, y requiere un tratamiento especial. Trae mayor confusión cuando usamos la palabra depresión para referirnos a distintas cosas, como la

pena o duelo por la muerte de un ser querido, la humillación que nos trae el fracaso y la derrota, la frustración por expectativas (que jamás son satisfechas) frente a los demás u otros problemas emocionales sin resolver.

No hay duda: Estamos fuera del Paraíso. Ese mundo perfecto diseñado por Dios para el hombre, tuvo que ser abandonado por las decisiones contrarias al Creador. Y ahora, hombres y mujeres debemos lidiar con las consecuencias de la caída. La enfermedad y la muerte no pueden ser eludidas, pero aquí debemos ampliar nuestro entendimiento de la situación, en la cual la enfermedad mental, que incluye la depresión, es tan real como la enfermedad física, y el dolor emocional puede ser más intenso que el dolor físico.

La magnitud del problema.

La depresión es una enfermedad frecuente en todo el mundo, y se calcula que afecta a más de trescientos millones de personas (creyentes y no creyentes). La depresión es distinta de las variaciones habituales del estado de ánimo y de las respuestas emocionales breves a los problemas de la vida cotidiana, como la tristeza. Puede convertirse en un serio problema de salud, especialmente cuando es de intensidad moderada a grave y de larga duración, y puede causar gran sufrimiento y alteración de las actividades laborales, escolares y familiares. En el peor de los casos puede llevar al suicidio.

Los trastornos depresivos se caracterizan por una tristeza de una intensidad o una duración suficiente como para interferir en la funcionalidad (con frecuencia comprometiendo el

sueño, el apetito y la intimidad sexual) y, en ocasiones, por una disminución del interés o del placer despertado por las actividades que en otros tiempos se disfrutaban. La herencia, los cambios en las concentraciones de neurotransmisores, alteraciones de la función neuroendocrina y factores psicosociales, juegan un papel importante en su génesis.

Los trastornos depresivos pueden presentarse a cualquier edad, pero su desarrollo es típico a mediados de la adolescencia, y en la tercera y cuarta décadas de la vida. En la enfermedad depresiva se combinan tres elementos:

* Minusvalía: “No valgo nada para nadie”.

“No hay nada de valor en mi vida”.

* Desesperanza: “Me siento terrible, y me pone peor el hecho de que no veo “luz al final del túnel”.

“Mi situación nunca va a cambiar”.

* Y futilidad: “Todo es vacío”.

“Nada logra despertarme un nuevo interés”.

Aunque hay tratamientos eficaces para la depresión, más de la mitad de los afectados en todo el mundo (y más del 90% en muchos países) no recibe tratamiento alguno. Muchos de ellos, creyentes, consideran que recurrir a la medicación antidepressiva sería una expresión de falta de fe en Dios. Asumir esta postura en todos los casos reduce la depresión y la experiencia de muchos a una simple fórmula de “ten más fe y serás feliz”. Suena fácil, pero para muchos no lo es, y para otros no es cierto, o no quieren cargar con el estigma de ser diagnosticados con depresión.

Un caso clínico.

-Dr. Pablo, mi nombre es Elizabeth M. Me lo recomendaron a Ud. como médico especialista en Medicina Familiar, con 20 años de experiencia, pero ante todo, como médico cristiano. Espero que Ud. sí me pueda entender (hace una pausa y llora en un breve momento para retomar su relato).

-Siempre he sido una mujer triste. Mis tristezas me llevaron a acercarme a Dios. Ahora soy una hija de Dios, oro, leo la Biblia, me reúno con otros creyentes; ahora veo la vida distinta, pero interiormente me sigo sintiendo con una profunda tristeza. Cuando en un grupo de estudio bíblico para mujeres, tuve libertad para compartir cómo me sentía, me dijeron, entre otras cosas, que sentirme así era un pecado de ingratitud en una persona que no tenía mayores problemas como yo; otra persona dijo que me faltaba oración y fe; una tercera, dijo que era normal que las mujeres nos sintiéramos así; y otras, al ver mi sufrimiento interior, querían ayudarme, pero no sabían qué decir. Nunca volví a ese grupo de estudio, me sentí juzgada y condenada. Ahora oro más y leo más la Biblia, pero no veo que nada haya cambiado. Como de manera compulsiva, me despierto todos los días a las 3 am, me siento fatigada o irritada la mayor parte del día, lloro la mayor parte del tiempo a solas, no quiero que mis hijos me vean llorar, y no puedo hablar con nadie sobre esto, porque nadie me entiende. Siento que algo está mal en mí, y no sé qué es ¿Pero cómo puedo, si soy una creyente, sentirme tan mal? ¿Ud. me entiende? ¿Ud. me puede ayudar?

-Elizabeth, lo que acaba de decir no se llama tristeza, sino depresión; es algo complejo y difícil de entender para personas que no la han padecido. Hombres de Dios en la Biblia, como Job, Elías, Jonás, David y Jeremías, también la padecieron; asimismo, hombres de Dios en la historia de la Iglesia, como Agustín de Hipona, Martín Lutero, Whitefiel, Spurgeon, C. S. Lewis, A. Sparks y David Wilkerson. Con lo anterior, queda claramente establecido que un creyente puede sufrir depresión; esto no debe generar culpa adicional, pues no elegimos nuestras enfermedades.

-Elizabeth, entre los creyentes es frecuente que se considere todo de origen espiritual. Se desconoce que somos una triple unidad de espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:23). El mal físico es tan real y destructivo para los seres humanos, creyentes o no, como el moral y el espiritual.

Catherine Scheraldi, médica endocrinóloga cristiana, que también ha sufrido depresión, señala que “la relación entre la mente y el cerebro es compleja. No siempre es fácil saber dónde termina la biología, y dónde comienzan los hábitos y conductas pecaminosas”. Continúa la Dra. Scheraldi:

“No podemos ver la depresión como toda espiritual, o toda biológica, ya que usualmente es una combinación de ambos componentes. El cuerpo y el alma están entrelazados. La depresión aumenta la oscuridad típica de la mente caída, resultando en un corazón más duro y egocéntrico. Nuestro corazón nos engaña (Jer. 17:9). Sentimos una especie de nube de duda y temor siempre encima, y una neblina

que no nos deja ver las cosas como son. Comenzamos a pensar que esto nunca se irá. Los problemas parecen más grandes que las promesas de Dios, y las heridas y el dolor vencen nuestra fe. Como resultado, perdemos de vista que este mundo no es nuestro hogar. En vez de buscar las razones para alabar al Señor, preferimos maldecir nuestra crisis”.

-Deficiencia de vitaminas, como B12 y D, o condiciones endocrinas, como el hipotiroidismo, pueden manifestarse con depresión. También las enfermedades crónicas pueden manifestarse con depresión, como la diabetes, la epilepsia, la esclerosis múltiple, el Parkinson o la artritis reumatoidea, entre otras. Incluso, la depresión puede ser un efecto adverso frecuente de algunos medicamentos, lo cual no quiere decir que se deban suspender, sino conversar al respecto con el médico que los haya formulado.

-Como ve, la química del organismo implica un frágil equilibrio de múltiples sustancias, como neurotransmisores y hormonas, que pueden verse fácilmente afectados, lo cual explica por qué las mujeres sufren más frecuentemente de depresión (no tiene nada que ver con una debilidad de carácter), y también nos permite entender por qué después de un parto, o en los días previos al siguiente período menstrual, o en la menopausia, los síntomas depresivos aparecen con más frecuencia. **Está bien que un creyente consulte al médico para descartar todas estas posibles causas físicas.** Y cuando encuentres una hermana con este padecimiento, antes del juicio y/o condenación, puede serle más útil una orientación médica.

-Elizabeth, por esa misma razón, algunos cambios en nuestro estilo de vida serían muy útiles para contribuir a ese equilibrio químico que le mencionaba, tales como:

- Ejercicio físico: 30 minutos diarios, 6 días a la semana, ideal con exposición a la luz solar.
- No trabajar más de 8 horas diarias, con pausas activas cada 2 horas, sea del trabajo físico o mental.
- Suspender el uso del tabaco y el consumo de bebidas alcohólicas.
- Ingerir suplementos nutricionales, únicamente en el caso de haberse documentado una deficiencia en particular.
- Dormir 7-8 horas diarias: Para ello, evitar hacer siestas; tomar café sólo en horas de la mañana; es ideal no tener televisor dentro de la habitación, y apagar el celular antes de ir a la cama. Un vaso de leche tibia, endulzado con miel de abejas, antes de acostarse, aporta triptófano, aminoácido precursor de la serotonina, importante para el sueño.
- Cambios en la alimentación: Dejar pasar mínimo 2 horas desde la última comida y la hora de ir a dormir. Disminuir alimentos procesados, azucarados, grasos o muy condimentados. Hoy en día se habla mucho de la dieta antidepresiva, que incluye: granos integrales, vegetales de hojas verdes, pescados azules (salmón, atún, trucha, arenque, caballa), pollo, pavo, betacaroteno (hortalizas de color zapote o rojo, como zanahorias, zapallo, tomates, y otros), frutos secos, (nueces), y probióticos, como el kéfir, producto lácteo fermentado parecido al yogurt líquido.

- Evitar estar solo, leer un buen libro y cantar; la música puede elevar el espíritu, como lo hizo con el rey Saúl (1 S. 16:14-23).

Seguramente se preguntará cuál es la causa de su depresión, si se descartan las posibilidades físicas anteriormente mencionadas.

Cuando se publicaron en forma de libro los 21 sermones compartidos por el Dr. Martyn Lloyd-Jones sobre este tema, en 1964, el libro se tituló: “Depresión espiritual, sus causas y su cura”, y, como él mismo reconoce en el prefacio, el tratamiento del tema no es de ninguna manera exhaustivo; por ejemplo, en cuanto a las causas sólo menciona cuatro:

1. El temperamento: Las personas introvertidas son más proclives a padecer depresión, pues están permanentemente volcadas hacia adentro, evaluando todo lo que hacen, siempre mirando para atrás, siempre llenas de remordimientos fútiles.

2. Causas físicas: Cansancio, agotamiento, ‘stress’ o cualquier tipo de enfermedad. Los mejores cristianos son más propensos a ataques de depresión espiritual cuando están físicamente débiles.

3. La “reacción”: Reacción a una gran bendición o a una experiencia fuera de lo común. Este fue el caso de Elías, sentado debajo del enebro; él estaba sufriendo una reacción a lo que había sucedido en el Monte Carmelo (1 R. 19).

4. Satanás: La causa final es, ciertamente, el diablo, el enemigo de nuestras almas. Son incontables los medios por los cuales el enemigo puede causar depresión espiritual.

Herencia: Con los aportes de la investigación científica incluyo también la herencia, la cual da cuenta del 50% de la etiología. La depresión es más frecuente entre los familiares en primer grado de los pacientes con este cuadro; la concordancia entre gemelos idénticos es alta. Además, los factores genéticos probablemente influyen en el desarrollo de las respuestas depresivas a los eventos adversos.

Traumas: Y añadiría las experiencias traumáticas, como historias de maltrato, o los distintos tipos de abuso infantil físico, sexual o psicológico -aun de los cuales no se tenga memoria consciente-, podrían manifestarse como depresión en la vida adulta.

El Child Mind Institute de Nueva York nos dice en varios estudios recientes: “Los usuarios adolescentes y adultos jóvenes que pasan la mayor parte del tiempo en redes sociales, como Instagram, Facebook y otras plataformas, mostraron una tasa de depresión substancialmente más alta (del 13 al 66%) que aquellos que pasaron menos tiempo. ¿Significa eso que en realidad Instagram y Facebook están causando depresión? Estos estudios muestran una correlación, no una causalidad. Pero vale la pena observar seriamente cómo las redes sociales podrían estar afectando negativamente a adolescentes y adultos jóvenes”.

Una de las mayores diferencias en la vida de los adolescentes y adultos jóvenes actuales, en comparación con las generaciones anteriores, es que pasan mucho menos tiempo conectados en persona con amigos de su edad, y más tiempo conectándose electrónicamente. Algunos expertos ven el aumento de la depresión como evidencia de que las conexiones que los usuarios de los medios sociales forman electrónicamente, son menos satisfactorias desde el punto de vista emocional, por lo que se sienten socialmente aislados.

-Elizabeth, con frecuencia, más importante que encontrar la causa, es encontrar la solución. Escribí cinco puntos en esa dirección que quiero compartir con Ud.

1. Reconocer el problema

Tenemos elementos para reconocer la realidad del problema, y éste no desaparecerá con sólo desearlo. Citando al Dr. Lloyd-Jones, él afirma que el autor del Salmo 42 estaba experimentando una depresión espiritual, pero no se contentó con quedarse sentado, sintiendo lástima de sí mismo; él hizo algo al respecto: asumió el control de sí mismo, habló consigo mismo, diciendo: “*¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?*” El salmista habló con su «yo», en vez de permitir que su «yo» hablara con él. Una gran parte de la desdicha y perturbación proviene del hecho de que nos oímos a nosotros mismos, en vez de hablar con nosotros mismos. El salmista se dirige a su alma, diciendo: «Oye por un momento. Yo quiero hablar contigo». Se necesita volverse a sí mismo —reprendiendo, censurando, reprobando, exhortando— y diciéndose a sí mismo: “*Espera en Dios*”, en vez de lamentarse en la desdicha.

2. Pedir ayuda

En el Salmo 32:3 el rey David dice: *“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día.”* Muchos cristianos sucumben en la depresión sufriendo en silencioso secreto. Por orgullo, autosuficiencia, ignorancia, temor al estigma, entre otras causas, se resisten a pedir ayuda, y hacerlo a tiempo. La Iglesia debe ser esa comunidad de salud y restauración, y no el espacio de condena o murmuración cuando se presenta una enfermedad mental, y conducir al arrepentimiento, restauración y/o restitución, cuando sea necesario. En ocasiones, la atención médica, el descartar problemas físicos relacionados, la medicación antidepressiva, serán necesarios, junto con el acompañamiento permanente del cuidado pastoral de los hermanos.

3. Afirmarse en el fundamento sólido: Jesucristo

Cuando experimentemos que nuestra vida se hunde en terreno líquido, oraciones basadas en los Salmos nos pueden ayudar a reafirmarnos sobre la Roca de nuestra vida, el Señor Jesucristo. Algunas citas que podrían ayudar son:

Sal. 61:2: *“Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare. Llévame a la roca que es más alta que yo.”*

Sal. 40:2: *“Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.”*

Sal. 62:6: *“El solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré.”*

Sal. 71:3: *“Sé para mí una roca de refugio, adonde recurra yo continuamente. Tú has dado mandamiento para salvarme, porque tú eres mi roca y mi fortaleza.”*

Sal. 31:24: *“Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón.”*

Reforzar nuestra vida de oración y la búsqueda del Señor en Su Palabra son pasos fundamentales hacia la recuperación. El agradecimiento diario a Dios por sus favores y misericordias aclararán nuestra visión nublada de las situaciones que enfrentamos.

4. Encontrar una perspectiva saludable en la adversidad

En ocasiones estaremos abrumados por circunstancias adversas que sobrepasan nuestra capacidad de afrontarlas y resolverlas. Recordemos allí que Dios está en Su trono, en pleno control de todas las cosas, y llevando a cabo un propósito a través de cada situación que permite en nuestras vidas. Tal vez no veamos ahora cuál es la finalidad del sufrimiento en una situación determinada, pero la entenderemos después. Como dice en Su Palabra:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” (Romanos 8:28).

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” (1 de Pedro 5:10).

5. Ayudar a otros

Vivimos vidas muy centradas en nosotros mismos. Pasar por esta experiencia nos hará más sensibles al sufrimiento de otras personas; el contarles nuestra experiencia les hará sentir que no están solos, y compartirles cómo el Señor nos está ayudando a mejorar cada día será esperanzador para ellos, y saludable para nosotros. Después de un largo proceso de pérdidas económicas, muertes de familiares cercanos, enfermedad física, juicio e incompreensión de sus cercanos, culpabilización de un hombre inocente, y depresión, Job fue restaurado a sus condiciones previas de bienestar, y bendecido en forma adicional al orar y compartir su experiencia con otros. *“Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos...”* (Job 42:10). Su vida es un testimonio para nosotros hoy, de cómo el creyente enfrenta la depresión, como también se señala en 2 de Corintios 1:4: *“...el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”*.

-Elizabeth, aquí está tu solicitud de exámenes y tu formulación hasta el próximo control, pero termino esta consulta con la historia de una mujer como tú.

Un ejemplo bíblico de una mujer deprimida

- Ella sufría en silencio. Evitaba encontrarse con otras personas; se sentía usada como un objeto porque había pasado de una pareja a otra, y antes de recuperarse del dolor de una ruptura anterior, ya estaba enredada en una

nueva relación sentimental, buscando llenar esos faltantes en su alma, para descubrirse cada día aún más vacía. Su manera ruda de hablar ponía de manifiesto la irritabilidad de su corazón y su lucha interior con lo cultural, lo étnico, las cuestiones de género y las inquietudes espirituales. Pero se encontró cara a cara con Aquel que dijo: *“...el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”* (Juan 4:14). Ella se dijo la verdad a sí misma (verso 18), y la verdad la hizo libre de su enfermedad emocional. Su vida tuvo un nuevo comienzo, y desde ese momento fue una bendición para todos los que estaban cerca (verso 39), y su testimonio de vida nos alcanza aún a nosotros que nos encontramos lejos: Encontró el Agua de Vida y bebió de sus poderes sanadores cada día. Esa misma Fuente aún está disponible para ti. Esta mujer fue la samaritana que se encontró con Jesús. De la misma manera, todos podemos encontrarnos con Él y beber de la fuente que Él prometió. Acompaña toda tu vida con la comunión diaria con el Señor Jesús, y conocerás la libertad que Él prometió a aquellos que le conocen y le aman.

Bibliografía recomendada

Es claro que nuestro artículo sólo aborda el tema de manera preliminar. Quisiéramos recomendar las siguientes lecturas a aquellos que quieran profundizar en dicho tema:

“Depresión Espiritual” - Martyn Lloyd-Jones.

“Los cristianos también se deprimen” - David Murray.

“Caminar con Dios a través del dolor y el sufrimiento” - Timothy Keller.

“Más allá del dolor” - Pablo Martínez Vila.

“Mentiras que las mujeres creen y la verdad que las hace libres” - Nancy DeMoss Wolgemuth.

“Cuando no se disipan las tinieblas” - John Piper.

Pablo Moyano

.....

APROVECHANDO BIEN EL TIEMPO

“En el plan de Dios quizá hoy debió ser el día más importante de nuestra vida, pero ha pasado como cualquier otro. El hombre cuyo hoy es igual a su ayer, no es sensible al reloj de Dios. Ningún siervo del Señor debiera contentarse con los logros presentes, pues estar satisfechos con ellos equivale a desperdiciar oportunidades. Supongamos que hoy el Señor pone en nuestro corazón el deseo de hablar con cierta persona, que en Su Providencia está destinada a ser, dentro de cinco años, un poderoso instrumento en Sus manos para la salvación de almas. Obedecerle en esto puede ser el acto de servicio más importante de nuestra vida. Pero si por miedo al frío, o por otra razón trivial, no lo hacemos, hemos dejado pasar una oportunidad, y quizá perdido un poderoso instrumento para Dios. El problema es grave, pues tales ocasiones no se detienen a esperarnos. Pasan velozmente. De modo que cuando Dios se mueve, movámonos nosotros con Él. No eludamos ninguna oportunidad que Dios nos presente”.

Watchman Nee

Equipo Editorial:

Alberto Rabinovici
Andrés Rodríguez
Diana Ramírez
Gerson Lima
Jhair Diaz
Luisa Cruz
Marcelo Vieira
Pablo Moyano
Pablo David Santoyo

Invitados:

Andrés Salamanca
Orlando Salamanca

Revisión:

Alicia Hernández
Asmiria Pirela
Carolina Vásquez
Marane Almeida
Saskya Barros

Diagramación:

John Jairo Gutiérrez

Distribución:

Héctor Santoyo

El ministerio **TESOROS CRISTIANOS** es sostenido por la gracia de Dios y la mano generosa de aquellos que, siendo beneficiados por nuestro material y apreciándolo, son motivados por el amor del Señor a cooperar voluntariamente con nosotros (Fil 4:17). Si desea participar en esta gracia puede contactarnos; para nosotros será de gran bendición. . *“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros.”* (2 Ts. 3:1).

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

tesoros cristianos@gmail.com
310 2702366 / (031) 2480410
Bogotá-Colombia

Suscríbete y recibe las publicaciones de nuestra revista trimestralmente.

Conoce nuestros sitios web:

revista.tesoroscristianos.co
estudiosbiblicos.tesoroscristianos.co
tesoroscristianos.co